

**Audiolibro Cuerpos Y Almas M Van  
Der Meersch Libro Primero Primera  
Parte Cap Tulos X Al Xiv**

**Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu). These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.**

**Contacto [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) ¡Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!**

Texto enviado por - **Patsy Wallace (Bellmore)** - - - - - CAPÍTULO Décimo. El sábado de la siguiente semana, por la tarde, Michel se marchó a pie al sanatorio. Al llegar al Pabellón dio los buenos días a Madeleine Daele, rendida y medio enferma de trabajo y de pena. Hacía seis días que no había visto a Seteuil, que se hacía rogar y la amenazaba con abandonarla por no haber pagado una factura del garaje. Le aterraba verse abandonada, «plantada», que Seteuil se estableciera de médico en otra parte y la dejara con la reputación manchada y el corazón destrozado. Madeleine le amaba como saben las mujeres amar a su primer amor. Y a medida que pasaban los meses y se aproximaba la fecha en que Seteuil, habiendo aprobado su tesis, saldría de Angers para establecerse en otra ciudad, la angustia de Madeleine Daele iba en aumento. Seteuil había dejado ya de pronunciar la palabra matrimonio. Michel la tranquilizó como pudo. Luego subió al segundo piso en busca del cuarto 17, donde se hallaba hospitalizada Evelyne Goyens. Llamó a la puerta y entró. La vio primero de espaldas. Pero al oír el ruido, la enferma volvió la cabeza. A la primera ojeada, Michel la encontró cambiada. Más optimista, más animosa. Estaba sentada en la cama, embutida en el tosco uniforme, a cuadros azul marino y gris del hospital. Sólo un sencillo cuello de tela blanca iluminaba la tristeza de aquella ropa oscura. En el escote del vestido llevaba sujeto un ramillete de lana encarnada, azul y amarilla, seis briznas de lana en forma de pétalos enlazados que suelen confeccionar, para venderlos los enfermos de los sanatorios. Su pálida tez se coloreó imperceptiblemente. La espera de aquella visita la animaba y abrillantaba sus grandes ojos negros temerosos, como de bestia acosada, que tanto sorprendían a Michel. Careciendo de agujas y de gorro de dormir, la muchacha llevaba recogida en una enorme masa, muy alto, encima de la cabeza, la tupida y luminosa mata de sus cabellos rubios, con un peinado anticuado y gracioso como era moda cuarenta años atrás. La frondosa cabellera, desbordante y fastuosa, menguaba aún más, por contraste, su afilado y diáfano rostro en el que brillaban como ascuas dos grandes ojos, acentuando al mismo tiempo la amarillenta delgadez del cuello, largo y grácil, y de la alta y blanca nuca, una nuca de adolescente sombreada por un vello dorado. Con su blancura y su gracia quebradiza y como temblorosa, evocaba un no sé qué de inmaterial, huidizo y melancólico, algo así como el anuncio de una próxima destrucción. Sonrió un poco torpemente a Michel, tapándose la boca con la mano porque se avergonzaba de un diente roto. Y este pudor acentuaba aún más la timidez y la tristeza de su expresión. Y sin embargo, se adivinaba en ella una secreta emoción de felicidad. —Adiviné que era usted —dijo—. ¿Lo sabía? —Reconocí su voz, abajo, en la galería... Evelyne volvió a sonreír y se posó las manos en las mejillas. — ¡Figúrese usted! ¡Una «visita»! ¡Tengo «visitas», como todo el mundo... Toda la noche decía para mí: «Espero visita. Quizá tenga visita...» antes, en cambio, esos días eran aún más tristes para mí... —¿Es un acontecimiento tan importante, una visita de un cuarto de hora? —Cuando una está sola desde hace meses, ya puede usted suponer... —¿No tiene usted ninguna amiga? —Al principio, venían algunas, mientras pude bajar al refectorio. Pero cuando tuve que meterme en cama sin poder moverme, tuvieron miedo... Y además son «bacilar». También esto da miedo... Una teme siempre estar más enferma de lo que está en realidad. Aquí, cada cual vive para sí. Y esto es muy comprensible. ¿no lo cree usted así? Una viene aquí para curarse y quiere curarse... El primer mes iba todos los domingos a misa. Ahora, ya no puedo ir... —En adelante ya estará usted menos sola —dijo Michel—. Recibe usted visitas, tiene amigos... Incluso ha querido hermostearse. Evelyne tocó con el dedo su cuellecito blanco y se ruborizó. —Me lo han prestado... Simone, una nueva vecina... También está sola porque dicen que es una muchacha de mala conducta. Todo el mundo se aparta de ella... y por eso sólo me tiene a mí. Es muy buena y nada tengo que reprocharle. Me ha

prometido que el próximo domingo vendrá aquí a jugar a las damas conmigo. Las otras se pasean. Como yo no puedo moverme de la cama y ella está sola, nos arreglaremos las dos... ¡Oh, señor Doutreval! Eso es demasiado. Michel, vuelto de espaldas, sacaba de su cartera unos paquetes que depositaba sobre la mesa. Un racimo de uvas negras, chocolate, media libra de café molido y un paquete de azúcar. Tenía calor. Bien el chocolate y las uvas, ¡pero el café! Media libra estaba a cinco francos y medio. La señorita Daele le había prohibido tomarlo, porque al parecer se echaba a perder. Michel se sentía grotesco. —¿Puedo meter esto en el armario? —dijo vuelto todavía de espaldas. —No, no. es inútil. Pero Michel había ya abierto la pequeña alacena. Delante de los tres estantes vacíos en los que se enraciaba una rodaja de mantequilla puesta en un plato, comprendió la razón de aquella negativa. Y oyó detrás de él excusarse a la muchacha —Esta semana no he tenido a nadie para hacerme los recados. Poreso no hay aquí gran cosa. por lo general tengo muchas cosas, muchas más. —Por supuesto —dijo Michel—. Por supuesto... —Por mí no debe usted privarse de nada —agregó la muchacha. Michel se acercó a ella. —¿No está usted contenta? —¡Oh, sí! —Unas uvas o chocolate de cuando en cuando... —Sobre todo el café —dijo Evelyne, olvidándose de su reciente mentira—. ¡Hacía tanto tiempo que lo echaba de menos! Justamente una vecina me ha mandado mantequilla... —Está rancia. —Sí. Poreso no he podido aprovecharla. Pero estos días me levanto un poco y podría hacerme el café yo misma. Al principio la joven sirvienta polaca me hacía café a mediodía. Mojaba en él mi pan.... Mas la sirvienta se marchó. La nueva era demasiado escrupulosa, y, como además yo no tenía dinero para darle, dejó de cortarme el pan y hacerme la cama. El café de la mañana lo dejaba en la repisa de la ventana, y tenía que levantarme para tomarlo. Por la mañana bebía la mitad, y el resto me lo tomaba frío al mediodía con pan.. En los últimos tiempos he perdido mucho. No comía ni dormía. Por las mañana hay demasiada luz y la claridad del día me despertaba. Ni siquiera tenemos derecho a tener visillos. —¿Y ahora? —Ya no está aquí. Se cayó de un tranvía una noche que regresaba bebida. La echaron a la calle. La sustituta, aunque también se emborracha, es cariñosa. Y además, está Simone. Me mulle la almohada y me ayuda a levantarme... No sólo no le repugna, sino que le gusta hacerlo. —¡Buena muchacha! —dijo Michel. Invadióle un sentimiento de indignación y al mismo tiempo de emoción y gratitud. Y casi a pesar suyo profirió una exclamación en la que se encerraba todo su afán de justicia: —¡ Simone recibirá su recompensa! Pronunció estas palabra de una manera tan espontánea, casi con tanta ingenuidad, que se sorprendió a sí mismo. —Sí —asintió Evelyne con gravedad. Siguiendo las explicaciones de la enferma quiso hacer él mismo el café. Llenó una taza con agua caliente del grifo del lavabo y depositó café molido en un pedazo de ropa vieja que anudó después e introdujo en el agua. Evelyne reía. Pero se sintió turbada, sin razón aparente, cuando tuvo que tomar el café en presencia de Michel, quien consiguió también que mojara en el líquido una rebanada de pan con mantequilla. Evelyne comía con visible embarazo. Y como se avergonzaba de su diente roto se tapaba la boca ladeando un poco el rostro, lo que acentuaba la timidez de su expresión. Al marcharse, Michel le pidió el relojito de acero negro estropeado. Evelyne le preguntó qué quería hacer con él. Michel se lo explicó. —Voy a hacer que lo arreglen. ¿No le gustaría? Evelyne se sonrojó de emoción y alegría. Y no se sintió con ánimos para formular una negativa. Al regresar a la ciudad y pasar cerca del cementerio, detrás de una gran cruz de madera, Michel vio al abate Vincent embutido en una ropa blanca que trataba de quitarse por la cabeza. Sorprendido, fijó más su atención y se dio cuenta de lo que ocurría. El abate Vincent acababa de acompañar un fúnebre convoy a la fosa común y se despojaba de su sobrepelliz para regresar a la ciudad vestido con la sotana negra. Contento de contar con un compañero de camino, Michel avanzó por entre las tumbas y alcanzó al sacerdote frente a la modesta sepultura donde el abate había ido a rezar una breve plegaria. Cuando el abate terminó su oración, hizo la señal de la cruz, enrolló el alba y la metió en la cartera con el hisopo. Era un hombre regordete, de aspecto bonachón y prosaico. Mostró a Michel la piedra funeraria. —Una joven enferma. Dieciséis años... Una muchacha del hospital. Una santita, se lo aseguro. Regresaron juntos a la ciudad. Dos o tres veces por semana el abate Vicent tenía entierros de hospital, y, con frecuencia solo, acompañaba a una hilera de seis o siete féretros de indigentes. —¡Son todos unos desgraciados! —exclamó el abate Vincent—. ¡Vaya parroquia la mía! —¿Y consigue usted algo de esta gente? —No —dijo simplemente el limosnero—. Alivio su miseria, procuro distraerles, les doy sesiones de cine con mi «Pathé-Baby» y les llevo tabaco y manzanas. Esto es todo. Están en una situación en que ni siquiera son responsables ni libres. Sólo les queda el miedo a morir, la esperanza confusa de que un poder desconocido podría tal vez aliviar su mal. Y nada más. Ni siquiera alienta en ellos un sentimiento de moralidad. Cuando se confiesan conmigo me dicen: «No tengo gran cosa que decirle. No he hecho nada malo...» Sin embargo, las confesiones en el hospital son atroces. Los enfermos pierden toda noción del juicio. Cuando padecen, juran y blasfeman y todos profieren la misma exclamación: «¿Pero qué he hecho yo, Dios mío?». —¿Y sigue usted yendo al hospital? —No lo hago por ellos ni por mí. Habla usted como la sirvienta de casa. —¿Su sirvienta? —Sí. Casi todas las mañanas me dice: «Se está usted matando por ellos, señor abate. Hace usted mal. No son más que un atajo de crápulas», Quizá tenga razón. Pero,

¿qué quiere usted? NI siquiera han recibido la educación más elemental. Sólo tienen la obsesión del pan. No ven las cosas como nosotros. Hacer sobre el pan la señal de la cruz representa para ellos un gran acto religioso. Esto les basta. Y quizá también le baste a Dios. Para las cortesanías, acostarse con un hombre no es pecar, sino trabajar. En el dispensario o en la visita de los martes y los viernes, cuando vienen a examinarse para ver si han atrapado la sífilis, les oigo decir: «—¿Cómo va el trabajo? »— Estamos en paro forzoso... »—No rinde, no... »—El paro va agudizándose y los clientes son cada día más escasos. »Fraseología obrera, señor Doutreval. Muchas de esas desgraciadas conservan aún la costumbre de rezar el Padre nuestro antes de iniciar el acto... Pues, como le digo, ellas lo consideran un trabajo. Al principio me indignaba y me apenaba. Pero ahora he comprendido. En el fondo, esto es consolador porque prueba que en su corazón han dejado de pecar... Santifican esa abominación como santificarían un trabajo... »Y si en el hospital de «L'Egalité» hay mujeres que mueren en olor de santidad, el setenta por ciento, cuando menos, son cortesanías, prostitutas... »¡Qué admirable es el hombre! ¡Ah, si todos supiéramos tener fe en el hombre, creer siempre y a pesar de todo en el hombre! Pensemos un poco en todo el bien que se ha derramado en dos mil años sobre la tierra, y que no hubiera sido posible si Cristo no hubiese tenido fe en el hombre. No podemos nosotros juzgar a esos desgraciados. Sólo Dios puede hacerlo. Por mi parte, cuando después de confesarlos les doy la absolución, les digo: «Te perdono tus pecados en la medida en que has pecado y te reconoces culpable... »—En suma, señor abate —dijo Michel—, que cree usted aún que el hombre es susceptible de perfección. —Sí —dijo el abate. —¿A pesar del espectáculo que presencia usted todos los días? ¿A pesar de la vida? —Sí —repitió el abate —, si no lo creyera, sólo horror me inspirarían mis semejantes. —Mientras que ahora... —Mientras que ahora les amo como si se tratara de una conquista hacedora. Michel movió la cabeza. —No podría seguirle, señor abate. No creo que el hombre pueda perfeccionarse. Desde el bruto prehistórico no creo que haya cambiado nada de nosotros. De pronto, la voz del abate Vincent se hizo grave. —Señor Doutreval, si ha dejado usted de creer en el proceso de la perfectibilidad humana, despídase al mismo tiempo de la vida. Nada puede existir entonces sobre la tierra. Sólo luchar, matar y gozar antes de que le maten a uno. Sería el fin de la humanidad, de la conciencia, del deber, de la moral y de la civilización. Si el hombre no cree que puede salvar a sus hermanos está perdido. Morir o salvar. —Morir o salvar... —repitió Michel. —Sí. Son palabras de Giovanni Papini. Las palabras rectoras de la vida, señor Doutreval. Ya comprenderá algún día. Llegaron a la ciudad. Al pasar frente a un establecimiento fotográfico el abate Vincent se detuvo, se excusó y entró en la tienda. Adeudaba en aquel establecimiento una crecida cantidad, las letras de su «Pathé-Baby» que no conseguía acabar de pagar. Pero no ignoraba que la proyección de las cintas, por las tardes, en la sala del hospital, constituía el goce principal de los enfermos. Por ello, y a pesar de la fatiga que representaba para él aquella carga cotidiana, y de la hosca acogida de las hermanas a quienes molestaba con su material en su horario de servicio, no se decidía a privar a los enfermos de aquella distracción. Permaneció algunos instantes en el establecimiento charlando con su acreedor. Al salir reanudó con Michel el camino hacia «L'Egalité». —De todos modos, la estancia en el hospital, les hace a todos mucho bien —dijo el abate Vincent—. Reflexionan. Esto es una cosa trascendental. Por una vez disponen de tiempo para reflexionar. ¿Se ha dado cuenta usted, señor Doutreval, que en los tiempos actuales nadie reflexiona? Al menos allí meditan. A veces me es dado observar el resultado. Hay quienes solicitan confesarse en vísperas de una intervención... Y falsos matrimonios legalizan su situación... Y diciendo esto sacó del bolsillo interior de la sotana un pequeño cuaderno de apuntes. —Aquí está mi contabilidad. Este año he celebrado en el hospital doce bautizos y doce comuniones. Gente adulta, por supuesto. ¡Y cuatro matrimonios! En el hospital, claro está. Y esto sin contar el último caso: una mujer que había de salir dos días después y que me dice: «—Oiga, padre, vivo con un hombre desde hace seis años, quisieracasarme... »—¿Por qué ha tardado usted tanto? »—Porque él no ha hecho la comunión; y no quiere hacerla. Y yo quisieracasarme por Iglesia... Me educaron en estas ideas, y, ¿qué quiere usted? Esto le queda a una... Le expliqué lo que tenía que hacer y le dije: «—Lo que tiene que hacer su marido es presentarse ante mi confesionario y negarse a confesar... —Bastó con que se presentara. Y nada puedo decir por ser secreto de confesión... Y al siguiente mes los casé... — ¡Qué curioso! —dijo Michael. —Sí, es curioso. Iba al hospital para una cura. Ya sabe usted lo que esto significa, ¿verdad? En el hospital, todas las curas son consecuencia de aborto... Al principio, ¡estúpido de mí, no sabía de qué se trataba! Me tomaba interés y a todas las mujeres les preguntaba: «—¿Qué le pasa a usted? ¿Qué enfermedad es la suya? »Las mujeres se turbaban y se sonrojaban. Y yo también, porque comprendí lo que ocurría demasiado tarde. Pero ahora ya no pregunto nada. Despidióse de Michel un centenar de metros antes de llegar a «L'Egalité», cerca del puesto de periódicos. De vez en cuando, con gran indignación de las hermanas, el abate Vincent compraba «Le Populaire» para un viejo socialista canceroso que no tenía en el mundo más goce que éste. Al volver al hospital dio un rodeo y se encaminó a la capilla a rezar un rosario, cosa de media hora, para tener la seguridad de que al llegar a casa ya la sirvienta estaría fuera. El día antes había comprado un kilo de manzanas camuesas que ocultó en el

aparador. El abate las descubrió y se apoderó de ellas para sus enfermos. Por esta razón, prefería no encontrarse con ella. Michel dejó en casa de un relojero el relojito de Evelyne. Tres días después lo fue a buscar, ya reparado y limpiado, palpitando alegremente con su rápido tictac de bestezuela viva. Lo llevó consigo el resto de la semana. Y sin saber por qué sentíase feliz cuando, por azar se lo encontraba entre los dedos, en el bolsillo del chaleco.

CAPÍTULO Decimoprimer. Michel se convirtió en un familiar del sanatorio. Dos o tres veces por semana, cuando disponía de tiempo, iba a ver a Evelyne. Y pasaba a su lado las horas más dulces de su vida. Beaujoin, alcalde adjunto de Mainebourg y administrador de los hospitales, se sentía orgulloso de su Sanatorio. Lo hacía visitar a cuantas personalidades llegaban a la ciudad. Subrayaba el modernismo cubista del formidable edificio, la nitidez de los linóleos encerados y las paredes estucadas, la comodidad de los ascensores y la suntuosidad de la sala de operaciones. El visitante pasaba, maravillado, de una habitación a otra, con la impresión de visitar un palacio, una morada apacible y feliz. Si hubiesen podido hablar, ¡con qué gritos, con qué desesperados llamamientos los miserables encerrados allí hubiesen reclamado su casa, su hogar, su casucha sórdida y familiar, su tabuco malsano y al mismo tiempo alegre que hubiera sido preciso mejorar, sanear, reconstruir! ¡No, la caridad oficial no debiera sustituirlos por sus cuarteles públicos! Allí dentro las mujeres sufrían menos que los hombres. Cosían, hacían punto de media y confeccionaban marcos y muñecas de lana, agenciándose así algún dinero. Sus habitaciones eran también más limpias. Distraíanse en arreglarlas un poco y hasta en cocinar. Pero los hombres, con excepción de algunos, no se tomaban ningún interés por el aseo ni por la confección de salvamanteles o de esteras. Más egoístas, menos resignados y menos acostumbrados al sufrimiento, acusaban al universo entero y se quejaban de todo. Asistían a la decepcionante realización de lo que en las arengas electorales se los había presentado como un Edén, como la sociedad futura ideal: el colectivismo, la asistencia del Estado, el hospital y la casa de beneficencia para todos. Habían aplaudido larga mente. Pero ahora se extrañaban de verse reglamentados, militarizados y tratados como unidades. Y adquirirían el convencimiento de que en medicina, como en todas las demás cosas, nada puede equipararse al humilde hogar familiar. En aquella ciudad del ocio, del silencio y del reposo perpetuo y obligatorio todo el mundo se sentía oprimido bajo el peso de un aburrimiento agobiador. De vez en vez, un viejo fonógrafo, obsequio de una dama caritativa, despellejaba un disco anticuado. Ni libros, ni revistas. Sólo algunos periódicos y algunas novelas por entregas circulaban por debajo de los cobertores. Los hospitalizados las leían por la noche, en la cama, a hurtadillas, escondiendo el libro debajo del embozo al paso de la señorita Daele. En los retretes se fumaba y se celebraban interminables sesiones colectivas. Vaciar el intestino era una de las mayores distracciones del día. Jugábase también a las cartas, no faltando dinero para ello. Parece que el hombre necesite a cualquier precio apasionarse por algo. No eran raras las diferencias de trescientos francos. Al paso de las enfermeras el dinero desaparecía. Por último, las carreras de caballos producían verdaderos estragos en todas las galerías de los hombres; pues también se jugaba a las carreras. Trigault, un cavernoso condenado sin remedio, hacía las veces de corredor de apuestas, rebasando el fondo en circulación en la cantidad de veinticinco mil francos. Por la mañana, cuando llegaba la Prensa, no hacía más que fastidiar a los enfermos absortos en la lectura de pronósticos y resultados. Y cuando la señorita Daele pasaba por entre las sillas extensibles sólo obtenía de ellos, en respuesta a sus preguntas, una palabra breve y gruñona: — Poción. . . —Purgante. . . —Inyección. . . Harto preocupados estaban por las hazañas de Gladiator o de Cornichon Cuarto, hijo de Rosalinda y de Siroco, para interesarse por el estado de sus intestinos o de sus pulmones. Las mujeres, sobre todo las jóvenes, preferían el juego de la correspondencia. Hacían insertar un anuncio en un semanario cualquiera, uno de esos semanarios que se sostienen gracias a las subvenciones de los fabricantes de productos de belleza, y que envenenan a la juventud femenina de Francia brindándoles el amor exclusivo del lápiz de los labios, la permanente, el cine y el flirt. En respuesta recibían diez, veinte o treinta cartas de candidatos enamorados. Sólo la elección ocupaba varios días. Unas temían las visitas y preferían el alejamiento. Otras, por el contrario, buscaban un galán que pudiera ser ocasión de visitas, pequeños regalos y hasta alguna salida. Una escapada de algunos días modificaba un poco las cosas. Y una regresa luego con una lesión más o menos agravada. También la misa era para algunas motivo de variación. Asistían al servicio divino unas veintenas de mujeres con sus cuellecito blanco y sus florecillas de lana. A falta de sombrero se retocaban con una boina de punto de media que ellas mismas se confeccionaban. Con este aditamento se mostraban coquetas. Y pasaban sonrientes ante los hombres echados en la cama o en la silla extensible que les guiñaban el ojo o las requebraban en voz alta. Uno se hubiera creído en la puerta de una fábrica cuando por la mañana entran las muchachas bajo las miradas de los hombres. Sin embargo, detrás de todas aquellas mezquindades, les invadía secretamente a los más de los hospitalizados una profunda angustia, el pensamiento de la mujer, del marido, del hijo, del dinero, de la miseria que se cernía sobre los seres queridos y del hogar abandonado donde a no tardar habrían forzosamente de volver. Por eso, al cabo de algunos meses, cansados de esperar alguna curación que no se producía, alentaba en ellos una sorda rebelión contra los médicos, los

enfermeros, contra todo el sanatorio, ese ambiente desacostumbrado al que achacaban que contribuyera a la agravación de las enfermedades. Y acababan por querer marcharse como fuese para vivir de nuevo su vida anterior: —Después de todo, no estaba tan enfermo como pretendía la gente. Hace algunos meses todavía trabajaba. Es aquí donde he enfermado de veras. En cuanto se iniciaba una ligera mejoría, todo el mundo se creía ya curado y no escuchaba a nadie, ni a Ribieres, ni a la señorita Daele ni a los internos. —Esto va mejor. Sí, sí, tendré cuidado. No cansarse. Comprendo. Se marchaban, reanudaban el trabajo y volvían a presentarse al cabo de seis meses para morir. Tan deprimente era la vida que se llevaba en el sanatorio que a no ser por la carga de una familia, en el noventa por ciento de los casos el enfermo se hubiese negado a curarse y a someterse a aquellos continuos suplicios. Pero por la mujer y sobre todo por los hijos, todos se cuidaban con obstinación y casi con rabia. Se aferraban a la vida y acababan por aceptar el rosario de suplicios, hasta el martirio quirúrgico rechazado al principio con horror: tras un régimen de engorde, reposo total, silencio, soledad, vida de cárcel celular. Luego las primeras intervenciones; lavado de los bronquios, insuflación de aire entre el pulmón y su cobertura para aplastar los alvéolos y dejarlos en reposo. Así, a todos cada quince días se les aplicaba el neumo, introduciéndoles el trocar entre las costillas. Pero no todo terminaba ahí, porque el pulmón se adhería con unas bridas a la pared costal. Era preciso cercenar esas heridas y hacerlas saltar mediante el electrocauterio. Como no se producía ninguna mejora, se ordenaba entonces una sobrealimentación. Pero el estómago se rebelaba, y, de resultas, sobrevenía una pérdida de peso. Entonces el médico empezaba a hablar discretamente de una freni. Poca cosa; se trataba solamente de cortar el nervio que gobierna el diafragma con objeto de que éste, liberado, ascienda y colapse al pulmón. Tras unos momentos de vacilación acababa por llevarse a la práctica. Inyección de alcohol en el nervio frénico para destruirlo. Algunos meses de tregua y nueva recaída. Sobrealimentación frenética, gastritis, ictericia. Entonces el «patrón» hablaba de una plastia. La toracoplastia consiste en cercenar un número determinado de costillas, suprimiendo en suma la caja torácica en el sitio de las cavernas para que el pulmón se aplaste y las llagas vuelvan en cierto modo a cerrarse y a cicatrizar. El desgraciado se oponía a ello. Entonces intervenían los camaradas: —A mí me toca dentro de ocho días. —Pues yo acabo de pasarlo. Me han quitado metro y medio de chuletas. —a mí, metro noventa y cinco. —a mí, metro ochenta. —No es nada. Bromeaban, y mostraban fanfarroneando sus espaldas hundidas y su torso demolido, como una armazón abatida bajo los hachazos. Pero se resignaban y acababan por aceptarlo todo. ¿No había otros que habían pasado por aquello...? Toracoplastia. Al mismo tiempo, un último esfuerzo de insensata sobrealimentación y también recaída en el noventa por ciento de los casos. Y eso era el fin, el postrer hundimiento. Después, ya exhausto, uno se daba cuenta de que no había nada que hacer. No se comía, no se ingerían más drogas y uno acababa por abandonarse y esperar la muerte. Quince días antes del desenlace, el interno, con tono tranquilo, empezaba a hablar de la casa, de los chiquillos. —¿Quince días de «permiso» le sentarán bien, ¿verdad? ¿Y si pasara usted una semana? Ya volverá después... ¿La dulzura de volver a encontrar la querida covacha familiar en la que se ha vivido y sufrido...? el moribundo no podía resistirlo. La ambulancia lo conducía a su casa. Y así su muerte no aumentaba la estadística de los fallecimientos ocurridos en el sanatorio. Reinaba por doquier la locura de la sobrealimentación. En primer lugar, entre los médicos que prescribían, como suplemento a las comidas, carne de caballo cruda. Y más aún entre los enfermos. Cada cuarto era una cocina. Cada uno escondía debajo de la cama o en el armario un hornillo del alcohol, conservas, café, azúcar, aceite y vinagre. Se condimentaban platos y se hacían traer de fuera, por la veladora, bistecs, platos de sopa y litros de coñac. Tal mujer acostumbraba a emborracharse como un hombre, y con unas gotas de aguardiente se conseguía de ella cuanto se quería. Los visitantes y los amigos traían también a escondidas «el avituallamiento». Los días de visita, la señorita Daele registraba los paquetes de cuantos llegaban al sanatorio. Pero era en vano. Le pasaban por las narices cuando podía «reanimar» a los queridos enfermos; palomos en frío o litros de jugos de carne que ocultaban rápidamente bajo el embozo... A las seis de la mañana muchos de los cuartos olían a bistec frito. Por encima de las paredes del patio efectuábase un tráfico extraordinario de botellas de vino tinto que abnegados compañeros, tras llenarlas en la taberna más próxima, las introducían en el sanatorio mediante un ingenioso sistema de cordeles. En muchos de los cuartos, había siete u ocho enfermos, que se excitaban mutuamente a la hora del yantar. Repartíanse cuanto les traían. Cuanto más comieran y mayor número de huevos de suplemento ingirieran, más pronto aumentarían de peso. Además de las pavorosas dosis de carne que proporcionaba la administración, se compraba piadillo de carne de caballo. Y como aquella alimentación inhumana producía náuseas, se disimulaba el repulsivo olor de la carne cruda sazónándola con azúcar y diseminando por encima una capa de confitura. De esta manera llegaban el sábado a la báscula, hinchados, jadeantes y obesos. Diez kilos en seis semanas. ¡Un triunfo! Luego una tremenda indigestión evaporaba los diez kilos. Recomenzábese y se doblaba la ración para ganar de nuevo el tiempo perdido. Más adelante sobrevenía la ictericia, lo que implicaba un retroceso de un mes. Volvíase a empezar, terca y rabiosamente. Esa cochambrosa maquinaria humana que se empeñaba en

quedarse enteca, tendría forzosamente que dejarse engrasar. Intervenían entonces las drogas, que provocaban violentos dolores de estómago, inyecciones de cacodilato, aceite de hígado de bacalao que era imposible ingerir por la boca... Al cabo de tres semanas de este régimen sobrevénia una hemorragia o una pleuresía que «desinflaba» definitivamente al paciente. Nada funcionaba, y el estómago, los intestinos y el hígado se resistían a cualquier nuevo esfuerzo. La sobrealimentación había ya realizado su obra destructiva, y los enfermos se abandonaban al enflaquecimiento progresivo, negándose a pesarse. Los médicos, perspicaces, guardaban silencio. Todo había terminado y era inútil cualquier nuevo intento. Producíase un lento decaimiento al término del cual solía sobrevenir la muerte. Luego aflúan nuevos pacientes, y, sin ver ni comprender nada, recomenzaban ciegamente la misma lucha y el mismo esfuerzo que había de conducirles al cabo de seis meses o de cinco años al mismo fin. Había fotografías colectivas, viejas de tres o cuatro años. Los que llevaban mucho tiempo en el sanatorio se las mostraban unos a otros, y recordaban a los muertos. ¡Qué tragedia en sólo tres años! Decíase: «¡De todos modos...!» Sin pensar que semejante destino acechaba a buen número de los vivos. Y ni los enfermos ni sobre todo la mayor parte de los médicos, veían la verdad ni discernían en aquella hecatombe el devastador papel de la sobrealimentación. A este respecto el deber del escritor sería guardar silencio y respetar, como el médico, la feliz inconsciencia de los que sufren, si no existiera con otros métodos un remedio, una luz orientadora, una posibilidad de salvación. La lucha por la verdad es el más alto sentimiento de compasión. Por otra parte, la idea de la muerte apenas obsesionaba a aquellos miserables. La apartaban de sí o la tomaban a chanza. Pero, con todo, permanecía en el fondo del subconsciente, alentando a aquellos moribundos con un supremo frenesí de goce, sobreexcitados por una alimentación incendiaria, el pavoroso horror al vacío y la promiscuidad que reinaba en los cuartos. Cuando llegaba una mujer pública, una muchacha con «carnet», se la hospitalizaba aparte, aislándola en un cuarto para que no contaminara moralmente a las demás. Pero se permitía que rapazuelas de catorce años cohabitaran con las mujeres casadas que se divertían en corromperlas explicándoles cómo gozaban con su marido, qué tenían que hacer para no tener hijos o haciéndolos «efectuar la visita». Luego, por la noche, se reunían con sus compañeras en la cama. —Ocho días aquí y se despabila una —decían. —Aquí se aprende lo que es la «vida» —exclamaban otras. ¡Como si aquello fuera vida! Entre los hombres circulaban mugrientos periódicos que compraban en común mediante cotizaciones semanales. La señorita Daele sorprendía a veces a dos enfermos refugiados en el retrete. De cuando en cuando uno de ellos, no pudiendo resistir más, saltaba por encima de la tapia y se marchaba. Una vecina de Evelyne, una «plastia» —le habían cercenado siete costillas—, se fue de parranda ocho días y regresó con la llaga abierta. No volvió a cerrarse nunca más. Al parecer, tenía el pulmón lleno de pus. Y murió. A consecuencia de una fuga semejante otra volvió encinta y también falleció. Otra que conoció a un pretendiente mediante los anuncios de la Prensa, huyó del sanatorio y tres días después fue encontrada en una carretera, abandonada y medio helada. También ésta falleció. Subsistía la fiebre de gozar furiosamente de la vida que se les escapaba. No existía ninguna moral, ninguna fe, nada a qué aferrarse. Cuando el abate Vincent iba al sanatorio, apenas se atrevía a hablar y sólo preguntaba: —¿Cómo va esa salud? Y de moral ¿cómo andamos? No se podía hablar de otra cosa, pues todo el mundo se negaba terminantemente a ello. Sobre todo, ni por asomo se hablaba de la muerte. Ahuyentábase esta idea el mayor tiempo posible y uno se mentía a sí mismo. Simplemente se vivía. Sin embargo, a la hora postrera no faltaban quienes, sobrecogidos de miedo, invadidos de repente por un terror inaudito, se resistían a morir, se debatían, blasfemaban y vociferaban el horror que sentían al tener que desaparecer. Se les oía en los cuartos contiguos. Los demás enfermos les escuchaban paralizados de terror. Poresta razón la administración mantenía en sus funciones a la anciana veladora, a sabiendas de que se emborrachaba todas las noches. Sólo ella, quizá gracias al alcohol se conformaba en permanecer hasta el fin al lado de aquellos moribundos que rugían horriblemente. Miseria de una humanidad sin ideal de esperanza y de luz, que sólo cuenta con la vida terrenal y que comprende súbitamente que hasta esta vida le será arrancada. Vecina de Evelyne era Clara, la histérica. Tenía atemorizado a todo el mundo. A veces, la sola presencia de un hombre la sobresaltaba. Se revolcaba por el suelo, se arremangaba las faldas, mordía, blasfemaba, vociferaba palabras obscenas, hacía sus necesidades y luego se quedaba en un estado de completa rigidez. Sus compañeras habían de levantarla, desnudarla y cambiarla de ropa. Aparte de estas crisis era una muchacha buena y servicial. Más allá estaba hospitalizada una anciana que tenía un cáncer en el recto. Efectuaba sus deyecciones sin darse cuenta, por lo que en la mesa o en el refectorio se esparcía de pronto un hedor insoportable. Naturalmente, todo el mundo se marchaba y ya nadie tenía ganas de comer. Otra se meaba mientras dormía en el banco y escupía sin el menor reparo largos gargajos viscosos en su «pote de confitura», una escupidera de cristal azulado medio llena. Venía luego la oronda Julia, cuyos audaces besuquesos con su novio los domingos a la hora de la visita en los jardines, constituían la gran distracción de los otros enfermos. Se les veía de lejos, en un banco solitario, casi sentados uno encima del otro. En el cuarto contiguo al de Julia, Madeleine Rieux recibía una vez por semana en su habitación a su marido, un crápula inquietante. Y sus amores

o sus querellas domésticas resonaban por todos los ámbitos del hospital. María, otra vecina, tenía veinte años. Su padre iba a verla todos los domingos. La quería mucho y la asistió hasta el fin, lo que no todos hacen. Pero se había vuelto a casar, y la madrastra no se personaba nunca en el sanatorio a causa de antiguas disputas familiares. María murió un sábado por la tarde, en plena lucidez. Su padre estaba presente, pero no su madrastra; porque cierta gente no olvida una disputa ni siquiera en presencia de la muerte. En el cuarto de encima estaba su compañera Germaine Saulvez. Tenía quince años. Tres Saulvez había en el sanatorio: la madre y las dos hijas. Y tres hermanitos en la guardería, esperando que la madre curara o muriera: Dos cuartos más allá estaba Zélie Chabry. Su marido, tuberculoso como ella, hallábase en tratamiento en el pabellón ce. pero no se podían ver. Su hijo, un chiquillo de once años, estaba hospitalizado en el sanatorio de berck-Plage. Chabry tenía permiso para visitar a su mujer. Este día se rasuraba cuidadosamente, se ponía su elegante traje y subía a besar a Zélie. A poco se acabó el dinero con qué pagar la pensión del muchacho. Entonces Chabry abandonó el pabellón C y volvió al trabajo. Como se debilitaba rápidamente, Zélie salió también del sanatorio para cuidarle. De tal modo que murió tres meses antes que él. Fue su marido quien la contagió pero como éste padecía de tuberculosis esclerosa, resistió más tiempo. Muertos los dos, jamás se supo lo que fue de su hijo. Tales enfermedades, por demasiado largas, acaban por cansar las voluntades. Los casos de abandono eran numerosísimos. Entre aquellas desgraciadas había una cuyo marido sólo se acordaba de ella cuando estaba bebido. De cuando en cuando se presentaba sin apenas poder tenerse en pie, lloraba como un becerro en el cuarto y no se le volvía a ver por espacio de tres meses. Otros sólo iban al sanatorio para hablar de separación o de divorcio. —Debes comprenderlo, yo soy joven. No es ésta vida para un hombre... Si quisieras, podríamos arreglarlo... Otros, temiendo el contagio se negaban a que la mujer regresara al hogar. Y aún otros no se presentaban nunca, olvidándose brutalmente de la mujer y hasta del hijo. En los cuartos del piso superior al de Evelyne había una mujer recién casada, que ingresó en el hospital ocho días después de su matrimonio, y que no había vuelto a ver a su marido. Otra mujer, abandonada encinta por su amante, ya moribunda, no hacía más que repetir: —¡Ojalá muera pronto! ¡Antes de que mi hijo venga al mundo! Y en el departamento de los hombres se encontraba un muchacho de quince años que desde hacía tres no había visto a su madre. La miseria de aquellos muertos en vida era total. El hospital no proporcionaba ropa de ninguna clase. No les quedaba ya un céntimo, ni una camisa, ni un pañuelo, y a veces ni siquiera un botón o una aguja. Una indigencia como nadie puede imaginarse. El departamento de los hombres estaba abarrotado. Se tuvo que hospitalizar en el de mujeres a un joven de veintiocho años, Edmond Jacquet. Pero ello no tenía importancia porque Jacquet no se movía de la cama. Estribaba su desgracia en tener depositados veinte mil francos en la caja de Ahorros. Existía una pugna sorda entre la mujer y la madre de Jacquet respecto a dicha herencia. La madre hubiera gustosamente cedido, pero la mujer engañaba a Jacquet, hasta el punto de que toda la familia excitaba a la madre a no soltar la presa. En tal ambiente no tardó Jacquet en sospechar la traición que se fraguaba a su alrededor. Se consumía, quería marcharse, interrogaba a sus amigos, y tenía con su mujer violentas escenas... Cuando ésta le tranquilizaba, Jacquet la emprendía con su madre. Y una tras otras se aprovechaban de su ventaja para hablar —a su juicio, discretamente— de la libreta de la Caja de Ahorros y del testamento que sería conveniente que Jacquet hiciera... A éste le fue dada la postrera dicha de no saber con certeza que su mujer le engañaba. Falleció un día por la mañana tras una breve noche de solitaria y dolorosa agonía. Le veló la señorita Daele. La sangre obstruía los pulmones y la garganta. Murió ahogado. Jamás se supo si dejó testamento y si fue la madre o la mujer la que salió triunfante. Tratábase de un caso interesante de tuberculosis sin bacilos. Se inocularon sus esputos a un cobayo que vivió bastante tiempo después de la muerte de Jacquet. Había aún otra desgraciada: Simone, una mujer pública. La soledad en que se encontraba la hizo acercarse a Evelyne, pues todo el mundo huía de ella. Haciéndole preguntas insidiosas, las enfermas, las más de ellas obreras, adivinaron la verdad sobre ella y supieron que era pupila de «chez Triboux». Y la trataban despectivamente, como a una muchacha perdida. En el refectorio, donde permanecían media hora después de las comidas, se formaban pequeños grupos. Se charlaba, se jugaba y se disputaba. Simone, sola, al margen de aquellos corrillos, sentíase feliz cuando tenía temperatura; ello le dispensaba de bajar al refectorio. No tenía otra amiga que Evelyne, sumida en la misma soledad que ella. Simone tuvo mucho dinero, pero ahora no disponía de un ochavo. Llegó a aquella región con cinco mil francos, que se evaporaron estúpidamente entre regalos a sus amigas y a su patrona, la señora María, la mujer del todopoderoso Triboux. Cuando salió del café para hospitalizarse no le quedaba ni un céntimo. La señora María explotaba a sus muchachas como si fueran clientes. Simone comenzaba a darse cuenta de ello, y a sentirse vagamente cansada de aquella vida. A veces hablaba de marcharse y regresar a su casa. Su madre, que regentaba una tiendecilla en Le Mans, suponía a su hija empleada en un hotel. Así se lo dijo Simone. Pero la madre era pobre y volver a su casa era imponerle una pesada carga. En su automóvil, o en el de un cliente, la señora María se presentaba con Triboux, el «patrón» y dos o tres muchachas pintarrajeadas, orgullosas de exhibir fastuosos vestidos

de seda natural, zapatos de piel de lagarto, joyas y «renards» azules. Pues la clientela de Triboux era rica. Todo el pabellón quedaba mudo de estupor. Pero aquellas damas no le llevaban nada a Simone; antes al contrario, se apropiaban de los pequeños marcos exornados con cintas que Simone confeccionaba para venderlos. Y si Triboux deseaba una gran muñeca de lana y se disponía a sacar la cartera, la señora María intervenía prontamente: —No las vas a pagar, por supuesto... Y además, llevaba a Simone ropa blanca y combinaciones. La señora María era muy coqueta; y Simone bordaba maravillosamente. Fue Beaujoin, tabernero y administrador del hospital, quien, vulnerando el reglamento, hizo ingresar a Simone en el pabellón. C. pues Beaujoin, además de ser cliente de Triboux estaba ligado a él por indestructibles compromisos electorales. También el administrador, acompañado de su mujer, visitaba de vez en vez a Simone, a quien presentaba como a una protegida suya merecedora de compasión. La señora Beaujoin se tomaba por Simone el mismo interés que la señora María, o sea entregándole ropa para bordar. Y Simone, que siendo prostituta hubiera tenido que hospitalizarse en salas reservadas, no ignoraba que gracias a la poderosa influencia de aquel tabernero metido a político no la habían trasladado de pabellón, y por esa razón se afanaba en bordar una ropa interior verdaderamente regia con que cubrir las ampulosas caderas de la opulenta tabernera. Simone era una buena muchacha que estaba siempre triste. Vaciaba el vaso de noche de Evelyne, le prestaba pañuelos y le hacía la cama, no importándole el contagio, los microbios y todo cuanto creaba el vacío alrededor de Evelyne. Algo había en aquel ser perdido que le permitía llevar a cabo prodigios de abnegación y sacrificio; en suma, verdaderas maravillas si alguien la hubiese comprendido. Pero carecía de voluntad. Zarandeada por la vida, había pasado de hombre a hombre, de un amor a otro, con docilidad y servidumbre. Al primero que la había hecho «trabajar» le obedeció pasivamente, sin resistencia, sin pensar siquiera en una posible rebeldía, contenta y aún orgullosa del dinero que daba, de los goces que proporcionaba el hombre amado, del holocausto que le ofrecía... En resumen, una criatura hecha para ser explotada. No sólo se daba cuenta de ello, sino que decía que sí, que puesto que aquello había durado toda su vida, así debía de continuar. Permanecía sumisa, y ni el menor deseo de rebelarse contra aquel estado de cosas acudía a su mente. Aún a distancia, la señora María seguía tiranizándola. Cada vez que visitaba a Simone, le registraba el armario, los cajones, el bolso y leía sus cartas. Un día fue a parar a sus manos la de la madre, la modesta frutera de Le Mans. Sobrevino una explosión de furor. La señora María la rompió en presencia de Simone y la intimó: —Te prohíbo escribirle. Si necesitas algo debes decírmelo a mí. Yo soy tu madre. En el bar prestaba servicio un muchacho polaco. Este desgraciado, que quería de veras a Simone, fue a verla una vez. Conmovido por tanta miseria salió a escape a comprarle, de sus menguados ahorros, un cuarto de kilo de café y un kilo de azúcar que le llevó antes de terminarse la hora de la visita. Mas al jueves siguiente, la señora María al descubrir los restos de los víveres, se sintió ofendida. El polaco no volvió a ver a Simone. Esta murió una noche, dulcemente, sin el menor sufrimiento. Esperó ver a su madre; pero la señora María no quería soltar la presa, y ante el temor de algún enojoso entrometimiento se las arregló con habilidad para que telegrafiasen demasiado tarde. Llegó la madre para ver a su hija muerta. Lo ignoraba todo, y en las oficinas del hospital supo con estupor la verdad sobre la profesión de su hija. Del estupor pasó a la indignación y se marchó violentamente a Le Mans sin ver a la muerta ni asistir a los funerales. Sin embargo, el entierro de Simone se vio muy concurrido. No faltaron la señora María y todo el personal de la casa; una comitiva de vestidos azules y rosa, multicolores, que todo el sanatorio veía desfilar desde las ventanas. La víspera, la señora María fue al depósito con la señorita Daele y Beaujoin para arrancar de manos de la muerta la sortija y el brazaletes. —Eso me pertenece —dijo—. Se lo presté para el trabajo. Según los cálculos de la señorita Daele, de cada cien enfermos, ochenta se desalentaban, acababan por marcharse y sólo Dios sabía qué era de ellos. Durante algunos meses, los más perseverantes volvían de vez en vez al sanatorio para que les aplicaran nuevamente el neumó. Luego, desaparecían. De los veinte restantes, morían diez y los otros diez salían curados, no siempre por mucho tiempo. Todo ello costaba muy caro. En el Pabellón C. el mantenimiento de una cama se evaluaba en unos doscientos mil francos. Tarea fácil sería citar a numerosos autores que han denunciado esa impotencia, ese fracaso actual de la lucha antituberculosa. Ello prueba que los medios empleados no son buenos. Si no existiera para esa multitud de desgraciados otro remedio que la suprema caridad de la mentira, sería criminal proclamar en voz alta semejantes crueldades destruyendo toda esperanza en el alma de aquellos. Pero existen otras esperanzas, una verdad médica cuyo conocimiento llevará la salvación a los que sufren. Por ello, la misión del escritor es ante todo la de servirla y acelerar su advenimiento. CAPÍTULO Décimosegundo. Introducido por Doutreval, Ludovic Vallorge se había convertido en un familiar de la casa. Hablaba a Doutreval del coma hiperinsulínico y de la convulsoterapia. A Mariette le llevaba flores y discos para el fonógrafo. Doutreval, para quien Vallorge sólo representó hasta entonces uno de los numerosos candidatos a quien había visto por los pasillos del hospital y a quien consideraba con indiferencia, comenzó a mudar de opinión. En el fondo de sí mismo, debía saber sin duda que la asiduidad y la curiosidad científica de que repentinamente daba muestras Vallorge por sus trabajos encerraban un

móvil concreto. Pero aunque nos demos cuenta del halago, el halagador nos es agradable. Y nuestro orgullo adorna de altas cualidades a quien nos admira. Así, pues Doutreval comenzó de buena fe a tener públicamente en estima a Ludovic Vallorge. El joven formuló su petición a fines de año. Por lo que él concernía, Doutreval dio su conformidad. Pero Mariette vaciló durante algunos días. Ludovic no le desagradaba y, sobre todo, el matrimonio la tentaba. Imaginábase ya un hogar lleno de chiquillos; pero no se atrevía a dejar a su padre, a Michel y a Fabienne porque se juzgaba indispensable. Ella gobernaba la casa, dirigía la servidumbre, escogía las comidas, cuidaba de la ropa, del consumo de gas y de carbón, y, en suma, sustituía a la madre. Además, Doutreval, la llamaba a menudo «nuestra mamita Mariette». Era una buena ama de casa, previsora y hasta escrupulosa. Criaba gallinas y palomos con las sobras de las comidas. Preparaba confituras con las frutas que le enviaban Heubel o Géraudin y confeccionaba jerseys y bufandas para su padre y su hermano. Siempre riendo o cantando, era la luz y la alegría de aquel viejo y oscuro caserón. Doutreval adoraba a Mariette y lo mismo a Michel. ¿Qué sería de ellos cuando Mariette se marchara? Quedaba Fabienne, pero ésta, además de ser demasiado joven, no tenía la menor afición por los quehaceres caseros, y se interesaba mucho más por los trabajos de laboratorio de su padre que por la preparación de salsas. En cambio Mariette sólo iba al laboratorio para colocar en el voluminoso «frigidaire» sus latas de «foie gras». La aterraba la idea de tener que dejar el gobierno de la casa en manos de la servidumbre. E imaginaba exorbitantes facturas de gas y un sinnúmero de agujeros en los calcetines de Michel. Todo se arregló a las mil maravillas. Justamente en aquella época se alquilaba una vivienda burguesa muy aceptable contigua a la casa de Doutreval. Vallorge y Doutreval se apresuraron a ir a ver al propietario y a visitar el inmueble, que fue completamente de su agrado. Había garaje y jardín. Y como Vallorge habitaba en el mismo barrio, no había que temer por su clientela. Fijóse, pues, la fecha de la boda. Vallorge alquiló inmediatamente la casa, y, con el consentimiento del propietario, se practicó una puertecita en la pared del jardín para que Mariette pudiera pasar de una casa a otra. Aquella mañana de comienzo de abril Doutreval aguardaba a Groix en el laboratorio. El sol iluminaba el jardín. En el gallinero, Mariette daba de comer a las gallinas y palomos. A través de la ventana abierta del laboratorio, y por entre el incipiente follaje de los boneteros, Doutreval, percibía inconscientemente una sensación de bienestar. El día era espléndido. De dieciocho enfermos sometidos desde hacía algunos meses al tratamiento de la convulsoterapia, doce habían mejorado notablemente y hasta dos de ellos reanudaron un trabajo ligero. El resultado era inesperado. La única preocupación eran aquellas convulsiones atroces con las subsiguientes fracturas. Mas justamente se le ocurrió a Groix una idea valiosa. Claude Bernard ha analizado magistralmente en un magnífico estudio, los efectos del curare, extraña sustancia venenosa india con la que los indígenas de la América del Sur impregnan la punta de las flechas, la cual tiene la propiedad de bloquear las funciones neuromusculares, es decir, paralizar completamente el organismo. Para combatir las horribles convulsiones de los enfermos inyectados por Doutreval, impidiendo así las fracturas de los huesos de los miembros, Groix pensó en utilizar el curare. Cinco minutos antes de administrar el producto convulsivo, proponía inyectar una dosis reducida de curare. Los ensayos que se hicieron sobre gatos dieron un resultado concluyente. Aquella misma mañana Doutreval se propuso hacer un ensayo en un joven demente de unos quince años. Apoderóse de aquél una febril y gozosa impaciencia. Nada valía tanto para él como las poderosas emociones del descubrimiento. Oyóse ruido de pasos en el corredor. Era Groix. Doutreval tomó el bastón y la cartera y bajó. — En marcha. —¿No viene Regnault? —preguntó Groix. —Está en el hospital. Lo recogeremos al pasar. Groix subió al potente «Renault». Doutreval cogió el volante. El «Vivasport» tomó el camino del hospital «L'Egalité». Regnault había dado por la mañana las clases de Doutreval. Por el momento, estaba al servicio de su patrón en el hospital «L'Egalité». Doutreval, con paso ligero a pesar de la pierna, enfiló los largos pasillos sonoros para ir a buscarlo. Al pasar, alguien le llamó: —¿Señor Doutreval! Éste se detuvo. Era Beaujoin, el administrador. —¿Cómo está usted, señor Beaujoin? —Muy bien, gracias... Quisiera hablarle un momento... —¿En seguida? —¿Tiene usted prisa? —Bastante... —Se trata de su hijo. —¡Ah! Doutreval experimentó una ligera turbación. —Diga. —¿Se ha enterado usted de que en estos últimos tiempos frecuenta mucho el sanatorio? —¿El sanatorio? —Sí, allá arriba, sobre la colina. —¿Qué diablos debe hacer allí? —Eso es lo que me pregunto. Se rumorea mucho... —¡Ah! —exclamó Doutreval. Pero seguía sin comprender. —Al parecer, hay allí una jovencita que le ha caído en gracia... —¡No! — Dicen que... su hijo le lleva café, mantequilla... Beaujoin sonrió. Y lo mismo hizo Doutreval. —¿Eso le han dicho? —Diez veces lo he visto con mis propios ojos. —¿Diez veces? —Por no decir más. —¿Y quién es esa muchacha? —Una enferma. —¿Una enferma? —Y muy enferma. He hecho mis averiguaciones, y, a mi juicio, se trata de un asunto bastante peligroso. En fin, que su hijo corre algún riesgo. Yo no soy médico, no entiendo, pero me parece... —Muchas gracias, señor Beaujoin —dijo Doutreval. —He creído obrar bien... —Ha hecho usted perfectamente. Ya procuraré poner fin a esa estúpida chiquillada. Recobró su porte de gran señor y sonrió. —¡Esa juventud! Se lo agradezco mucho, señor Beaujoin. Esos muchachos de hoy día son muy despreocupados. ¿Dónde están nuestros

veinte años, señor Beaujoin? —¡A quién se lo dice usted! —suspiró el obeso administrador. —¿Cuándo se reunirá la Comisión de las Casas de beneficencia? —El próximo lunes. —Tengo que hacerle un pequeño pedido. Se trata de material para mi servicio... Ya volveré a hablarle de esto próximamente. Perdona, pero me están aguardando. Hasta pronto, ¿verdad? Estrechó la mano de Beaujoin y prosiguió su camino por los pasillos que olían a productos químicos, a aguas de javel y a ácido fénico. Silbando, caminaba con paso ligero, procuraba disimular su cojera, hacía girar el bastón y respondía con gesto desenvuelto y familiar al saludo de los internos. En el fondo, una flecha envenenada le roía el corazón. Desde hacía algún tiempo había observado un gran cambio en su hijo. Michel había dejado de salir de noche. Antes manirroto, ahora se había vuelto ahorrativo. Había cambiado el «Came» por tabaco negro. Fumaba mucho menos. Ya no compraba revistas de 8 y 10 francos. Trabajaba más, y todas las noches se iba a la cama después de cenar. Pocos días antes, en el transcurso de una conversación de sobremesa, Mariette exclamó de pronto, estupefacta: —¿Cómo! ¿Conoces tú el precio de la mantequilla y del café? Por el momento, Doutreval no atribuyó importancia a ese repentino e inexplicable saber. Pero ahora se le antojaba particularmente alarmante. Regnault estaba listo. En cuanto vio llegar al «patrón» corrió a su encuentro y le siguió. Subieron al coche y marcharon a Saint-Clément. Doutreval guardó silencio durante todo el trayecto. El pabellón de los niños estaba situado en la parte externa del asilo de Saint-Clément. Por entre la retzona chiquillería Doutreval, seguido de sus dos ayudantes, siguió adelante, erguido, con porte distinguido, vestido con un traje de corte inglés a grandes cuadros color crema, y apoyándose con gesto tan natural en su bastón de junco con anillas de oro que su cojera pasaba casi inadvertida. Correspondía con una sonrisa cordial al deferente saludo de las guardianas y enfermeras. Y los niños corrían hacia él, hacia Regnault y sobre todo hacia Groix, a quien apreciaban mucho. —¡ Señor doctor! ¡ Señor doctor! Doutreval se abrió paso por entre el horrible griterío de los pequeños monstruos; una humanidad frustrada, malograda, deforme, incompleta, chiquillos a quienes faltaba el cráneo o el mentón, que no eran más que tronco o cabeza, rapaces miserables y repugnantes, feos como alfarería mal cocida, llenos de legañas, de muermo, de purulencias, supurándoles los ojos, la nariz, las orejas y el cuero cabelludo. Enanos y colosos, escuálidos inocentes de miembros esqueléticos y jóvenes brutos, chiquillos excesivamente vigorosos para su edad, bestiales, con sus mandíbulas formidables, con la palma de la mano gruesa como palas de lavandera, hecha evidentemente para el asesinato, futuros homicidas designados de antemano y cuya triste mirada le seguía a uno sin comprender nada. Los mayores, los más avisados, tiraban de la mano a los más estúpidos y a los más horriblemente atrasados, cuidaban de ellos, los protegían y los adoptaban. Los condujeron cerca de Doutreval. Entonces, alrededor de los tres hombres, estallaban gritos, voces indistintas y aullidos, que expresaban la alegría de aquellos pequeños desgraciados al volver a ver a quienes tan buenos eran para ellos. Y hasta aquellos que jamás lograrían hablar, refunfuñaban, ceceaban, mugían y dirigían a los médicos algo así como un bárbaro y confuso grito de ternura. Numerosas manecitas se aferraban a ellos, les tocaban, les acariciaban y les palpaban como si fueran tentáculos. Regnault, nervioso, reprimió un estremecimiento, un sobresalto de asco. Este espectáculo le producía siempre una impresión de pesadilla. En cambio, Groix tenía en gran estima a aquellos pequeñuelos, incluso a los más horrendos, a los que tenían una cabeza de escafandra, de pez o de insecto. Incluso los viciosos, los que rascaban... Cuando se cruzaba con ellos los llamaba aparte. Les olía las manos para sentir los sucios y sospechosos olores y parecía querer hipnotizarlos con la mirada. —¿Habéis sido buenos? —Sí, señor doctor. —Está bien. Vete a jugar. Toma un chocolatín. No faltaban mozelas a las que era preciso maniar para impedir que se extenuaran. Había algunas que hasta con las manos atadas se exasperaban el sexo sirviéndose de los talones. Todos los vicios hereditarios bullían en el fondo de aquellas almas abandonadas, retrotraídas al ser primitivo y que volvían a descender la escala de la evolución. A las muchachas más reservadas, más viciosas, más tímidas, trabajadas ya por la pubertad, les gustaba ocultarse, sonrojarse y hacer visajes. Los muchachos tenían rostros simiescos, y en sus juegos daban muestras de extemporáneas violencias. Algunos desamparados gimoteaban desconsoladoramente por los rincones, en un estado de absoluta inadaptabilidad. Un pequeñuelo, rubio como el oro, esmirriado, de ojos azules, simpático y casi hermoso, se acercó con temor a Groix, y, cogiéndole de la mano, le dijo en voz baja: —Señor, yo quisiera volver a casa de mi madre... ¡Las madres! ¡Cuántas eran las que habían abandonado a aquellos pobres monstruos frutos de sus entrañas, que sólo les inspiraban asco y repugnancia! No faltaban matrimonios alcohólicos que cada año, regular e infaliblemente, depositaban en el asilo una nueva criatura idiota, un desecho más, y que al año siguiente volvían a comenzar. El completo abandono de los internados en el asilo era cosa corriente. ¡Cuántos miserables locos internados en Saint-Clément morían sin haber vuelto a ver el rostro amado, el rostro de la madre, de la mujer, del hijo que, cual fantasma doloroso, flotaba aún en su mente oscurecida despertando a veces en ellos un vestigio de conciencia, una lágrima de desesperada lucidez! Las familias acababan por desinteresarse totalmente. De cuando en cuando Doutreval recibía una extraña carta: «Señor doctor, quisiera tener noticias de mi padre, de mi marido.» Luego, las cartas se iban espaciando. Después, nada.

Cinco, diez años de silencio. A la muerte del desdichado demente, la administración escribía a la familia, y Doutreval recibía una breve respuesta: —Señor doctor, le ruego que para evitar gastos entierren a mi padre en el cementerio del asilo... Ni siquiera una postrera visita al muerto. Sólo el abate Vincent acompañaba al loco a la fosa común. En la enfermería esperaban a Doutreval, que se proponía experimentar el curare en un muchacho de unos quince años. El paciente estaba tendido en la cama, desnudo. Regnault le aplicó una inyección de curare en la vena del brazo. Doutreval, con el cuaderno de apuntes en la mano, anotó las reacciones; relajación muscular, muecas, ojos que bizquean, y, a poco, parálisis progresiva de los miembros. A una señal que en aquel momento hizo Doutreval, Regnault inyectó el producto convulsivo. Como de costumbre, la crisis sobrevino en el acto, pero infinitamente menos violenta. Una cierta estupidez, debida quizá al curare, impidió que apareciera la habitual expresión de angustia y de terror que se dibujaba en las facciones de los pacientes. Algunas violencias convulsivas hicieron crujir la espina dorsal produciendo una crispación de los miembros, aunque sin fractura aparente. Al cabo de unos minutos el enfermo recobró el conocimiento sin dar muestras del terror y de las ganas de huir que solían producirse. Sólo se quejaba de un enorme cansancio y de un violento dolor de espalda. Doutreval, siempre reservado, exultaba interiormente. —Yo creo que el problema está resuelto —dijo. Y diciendo esto dio unos golpecitos en el brazo desnudo del enfermo. —Nosotros te devolveremos el juicio, pobre diablo. Singular regalo, en el fondo. Si tuvieras voz y voto quizá nos pedirías que te dejáramos abandonado a tu suerte... —¡Oh! —exclamó Regnault. —¿No opina usted así, Regnault? ¿Insiste usted en que uno tenga conciencia de la nada? —Pues, sí... —Tal vez esté usted equivocado. A menudo he pensado que la conciencia, la noción del yo, debe ser, simplemente un accidente desgraciado. —¿Desgraciado? —terció Groix. —Imagínese usted una hormiga, Groix. Vive, trabaja y sufre. Supóngase que de pronto, por un milagro, le da usted la noción, la conciencia de sí misma. Sabe que vive, que es una hormiga y comprende repentinamente su horrible destino, que es el de penar durante dos o tres estaciones para luego desaparecer. ¿Le habría hecho usted un don precioso, Groix? Y no siendo el hombre sino una hormiga con la memoria muy desarrollada, capaz de seguirse a sí mismo en el tiempo, de verse a sí mismo una y otra vez a través de las diversas circunstancias de su vida, lo que constituye simplemente la conciencia ¿le extraña a usted que yo vacile alguna vez, que experimente una especie casi de remordimiento en el momento de devolver a un semejante esa lucidez y esa conciencia? —No es usted muy alegre que digamos —dijo Groix. Doutreval sonrió. —No creo que la inteligencia pueda funcionar sin un poco de melancolía, ha dicho alguien. Vamos, sus notas, Regnault. Y cuento con usted, Groix, para que me vigilen este muchacho y me proporcionen una observación completa. Volveré mañana por la mañana. Guardó las notas en la cartera. Luego, acompañado de Regnault, salió del pabellón infantil y subió a su automóvil. Groix había permanecido en el asilo para observar el tratamiento que había de seguir el enfermo. Además, era su semana de guardia en Saint-Clément. Pero no se quejaba. Este incorregible bromista, fiel al antiguo espíritu de chanzas pesadas y despiadadas, quería a sus locos, para quienes no vacilaba en vaciar sus bolsillos y en menguar sus honorarios. Como los más de ellos eran unos desgraciados abandonados, para llevarles una manzana, un caramelo o un juguete se personaba a veces en el «Taverne du Roi René», donde solían reunirse algunos de sus camaradas, estudiantes e internos, para jugarse el aperitivo a la manilla o al póquer de dados, y con natural actitud se apoderaba de todas las apuestas, o del dinero que devolvía el camarero, diciendo: —¡Para mis pobres! Metíase las monedas en el bolsillo y se iba tan tranquilo. Y tras él vociferaban: —¡Nos estás fastidiando con tus pobres! Groix, satisfecho, se pasaba la mano por la nuca, se calaba hasta los ojos el sombrero flexible con gesto desenvuelto y se alejaba silbando. Como de costumbre, aquella noche, después de cenar, Doutreval se fue a pie por las calles de la ciudad hasta El progreso social. Eran aquellos sus momentos de sosiego, de saludable ejercicio tras las largas horas de clase, de hospital y de laboratorio. Caminaba lentamente, erguido, con porte rejuvenecido, apoyándose con cierta negligencia en el bastón del lado de su pierna lastimada, y apretando con los blancos dientes la boquilla de ámbar. Los estudiantes que al pasar le reconocían, le saludaban. Las mujeres se volvían para mirarle. A pesar de desdeñarlas, esto le producía una confusa satisfacción. Con la ligera palidez de su rostro, la frente despejada, con dos surcos verticales encima de las cejas y las sienas plateadas, que tan bien cuadran la madurez de su faz casi exenta de arrugas, Doutreval, se daba cuenta de que poseía una especie de severa belleza que no dejaba de causar impresión. A pesar del frío que todavía se dejaba sentir le gustaba pasearse de aquel modo, liberado ya de todo esfuerzo. Acudían a su mente el asilo, los niños, el enfermo, la experiencia. Respiraba profundamente, su pecho se hinchaba de esperanzas y apresuraba inconscientemente el paso. En segundo término se proyectaba una sombra desagradable: el recuerdo de Beaujoin, a quien había vuelto a ver por la tarde, y de Michel. Como todas las noches, Jeanne Chavot trabajaba en la corrección de pruebas para el periódico del día siguiente, en su espacioso despacho del primer piso del edificio de El progreso social. Jean Doutreval habló del curare, de los ensayos hechos con gatos, y del afortunado experimento que aquella mañana había practicado por primera vez en un cuerpo humano. Y decía a Jeanne Chavot: —De este modo hemos

pensado emplear el curare... No se refirió a Groix, que fue quien sugirió la idea. Ni tampoco habló de Michel. Sin explicarse las razones, la revelación que aquella mañana le había hecho Beaujoin le era particularmente humillante y desagradable de confesar. Al día siguiente al mediodía, la familia Doutreval, se reunió en el antiguo comedor, un poco oscuro, contiguo al salón. Antes de dirigirse a sus clases, Doutreval esperó a que su hija menor, Fabienne, recogiera el servicio de la mesa. Luego, en presencia de Mariette, dijo a Michel: —¿Irás esta tarde a la Facultad? —Sí, papá. —Luego ve a verme en el laboratorio. Tengo que hablarte. Michel no contestó. Parecía más contrariado que sorprendido. Mas por la manera con que Mariette miró inquieta a su padre y a su hermano, Doutreval intuyó que también su hija mayor había adivinado algo, y que su ternura de ama de casa, había experimentado un sobresalto. Tillery, que desde hacía dos meses se había establecido como médico en un populoso barrio de la ciudad, se trasladó aquella tarde al laboratorio de Doutreval para pedir un análisis a Groix. Regnoul y Groix, los dos ayudantes de Doutreval, destinaban a su «patrón» todo el tiempo de que disponían. Habían «apostado» por él y Doutreval por ellos. Trabajaban para él, atendían a su servicio y se encargaban de las tareas materiales. Doutreval lograría su nombramiento de agregado y les otorgaría su influencia. En las Facultades de Medicina son muy corrientes esta clase de asociaciones. Por el momento, las ganancias de Groix y Regnoul eran puramente honoríficas. Agenciábanse algún dinero practicando en el laboratorio de Doutreval una especie de «trabajo negro», efec tuando análisis a precios módicos a cuenta de médicos amigos. Al entrar Tillery, Regnoul se hallaba precisamente atareado en uno de esos análisis. Con ayuda de un hilo de platino recogía del fondo de una pequeña escupidera esputos amarillentos, partículas cáseas que colocaba sobre una laminita de cristal y secaba luego al calor de una llama de gas. Un hedor a esputo quemado apestaba el aire. Groix fabricaba capilares al calor de un mechero Bunsen, trabajando el vidrio con el virtuosismo de un vidriero. Hubiérase dicho que la quebradiza materia se tornaba en sus manos dócil y maleable. Calentaba un tubo, lo volvía de uno y otro lado y lo ablandaba como una pasta hasta que el vidrio cobraba un color anaranjado. Luego lo estiraba de un solo golpe, alargaba como una goma el cristal semilicuefacto y lo adelgazaba hasta la finura de un cabello, de un hilo flexible, ligero, que rompía luego a la longitud deseada. O fabricaba pipetas de bolas soplando en un tubo enrojecido al calor de la llama; materia en fusión irisada de reflejos suntuosos. Con el soplo se hinchaba una gruesa hernia de cristal, una hernia enorme y delgada, como un aneurisma. Groix parecía divertirse con aquel trabajo de prestidigitación, elegante y casi mágico. Regnoul llevaba una deslumbrante bata blanca. Sobre sus ensortijados cabellos castaños, una toca de tela immaculada, echada hacia atrás, dejaba al descubierto su frente ancha y despejada. De vez en vez cogía de un cenicero el cigarrillo encendido, lanzaba una ligera bocanada de humo y volvía a colocarlo, discretamente, donde estaba. Groix llevaba su viejo traje de deporte, a cuadros, protegido por el delantal azul del jardinero de Doutreval. Junto a la cicatriz del rostro, balanceándose a cada uno de sus movimientos, colgaba un rubio mechón. Y una colilla apagada se sostenía apenas en la comisura de los labios. En aquel momento entró Tillery con la gravedad de un médico recién establecido, una abultada cartera bajo el brazo y la mirada serena a través de sus gruesas gafas de concha, a caballo en su «respingona naricita». —¡Hola, farsante! —exclamó Groix. —¡Hola «Cararrajada»! —dijo Tillery, soltando la cartera y apoderándose del paquete de cigarrillos dejado imprudentemente por Regnoul sobre la mesita del centrifugador. —¿Y la clientela? —dijo Groix. —Parece que eres hombre afortunado —insinuó Regnoul, sin apartarse del fregadero donde lavaba las laminitas de cristal que teñían de azul celeste la porcelana del lavabo. —No puedo quejarme —dijo Tillery—. Evidentemente no han faltado sorpresas. El viejo cuya clientela he heredado trabaja con la dos A... Al principio la clientela creyó que yo seguiría igual. Suscitáronse equívocos y tuve que dar explicaciones... —Hasta el punto de que te has perjudicado a ti mismo. —Naturalmente —dijo Tillery, encendiendo el cigarrillo en el mechero Bunsen donde Regnoul calentaba los esputos—. Ya te he dicho, amigo Regnoul, que tus cigarrillos eran infectos. Un individuo como tu, como semejante «permanente», sólo puede fumar cigarrillos ingleses espero no tener que repetirte esta observación. Naturalmente, hubo clientes que se sorprendieron. Pero, en fin, la clientela va aumentando. Tenía tres indigentes y ahora ya tengo cinco. Regnoul y Groix se echaron a reír. Más lo cierto era que, estudiante mediocre, bastante perezoso, pasablemente ignorante y con un soberano desdén por los estudios teóricos, Tillery prosperaba. Tenía conciencia de su propia ignorancia. Mostrábase prudente, consultaba a tiempo a colegas más experimentados, se limitaba a tratamientos corrientes, ciertos y garantizados, y no se arriesgaba a ninguna innovación. Sin embargo, poseía el don de observación, que es la primera cualidad del médico. Sobre todo, tenía en gran estima a sus enfermos. Salido del pueblo, le conocía, sabía hablarle, moverle a risa, emocionarle, consolarle, animarle y, en suma «tomarle el pulso». Pues con frecuencia lo que el hombre pide ante todo a su médico es una confortación. En resumen, los enfermos de Tillery sanaban tan rápidamente y tan bien como los de Belladan, el niño aplicado, la gran esperanza de sus profesores, que se había establecido en el mismo barrio y que a pesar del lujo de su instalación y de su preclaro saber, vegetaba inexplicablemente, mientras iba en aumento la clientela de Tillery —No es eso —siguió

Tillery—. He traído trabajo para ti. Abrió la cartera y sacó de ella bicales y tubos de cristal etiquetados, que colocó delante de Groix. —He aquí dos Wassermann, un análisis de urea y, esto es lo más urgente, una mucosidad de garganta. Date prisa. —¿Difieria? —preguntó Groix. —Eso me temo... Groix dejó las pipetas. El tubo de cristal que le tendía Tillery contenía simplemente un trozo de algodón, y, encima, un poco de mucosidad gris, extraída del fondo de una garganta humana. Con unas pinzas desinfectadas, Groix retiró el algodón, lo frotó sobre una laminilla de cristal y se dirigió al lavabo al lado de Regnoul. Gota a gota iba vertiendo sobre la laminilla líquidos azules, colorantes y decolorantes. Círculos rosas y azulados se iban agrandando sobre la porcelana del lavabo. —Hace mucho tiempo que no han encargado nada para el Père Donat —dijo Groix manipulando la laminilla. —Cierto —repuso Tillery, remedando el porte, el aire de miope y la voz nasal del viejo Donat—. Precisamente estaba pensando en mandarle una barrica de cola en pasta. —¡Es una idea genial! —exclamó Groix—. ¡De acuerdo! El viejo Donat era la cabeza de turco de los estudiantes guasones. Esos encargaban en su nombre las cosas más disparatadas: doce carretillas de ruedas de goma o trescientos pares de gafas verdes, cuya llegada a su domicilio dejaba anonadado al viejo Donat. O comunicaban telefónicamente su fallecimiento a la Prefectura, a la Facultad, al Obispado, a El progreso social y a toda la prensa. —Deberíamos tener papel de cartas con su nombre —observó Regnoul. —Lo tendré mañana —dijo Groix—. Ya me las arreglaré. En aquel momento entró Michel en el laboratorio. —¡Ah! ¡Macropodo, doble metro, acrófalo, subproducto de la digestión! —gritaron Groix y Tillery al verle entrar—. ¿Qué vienes a hacer aquí, Coprófago? —Salud —dijo Michel. Y diciendo esto se dirigió a la escalera que conducía al piso donde estaba el despacho de su padre. —Tu padre se ha marchado —le previno Groix—. Ha dicho que le esperes. —Muy bien —repuso Michel—. ¡Eh, el de las gafas! ¿Cómo va la tesis? —Perfectamente —respondió Tillery, quitándose las incriminadas gafas y aplicando a los cristales el vaho de su aliento antes de limpiarlos con el faldón de la chaqueta—. Todo en marcha. —¿Sobre qué tema? —preguntó Regnoul. Tillery volvió a remedar el tono nasal y el continente doctoral del profesor Donat. —Historia de la apendicitis. Hermoso tema, señores, un tema espléndido. Ahora estoy enfrascado en el estudio de la apendicitis en China. Si puedes documentarme a este respecto... —Lo siento —dijo Michel, riendo. —¡Apagad la luz, pelmazos —gritó Groix. Tillery dejó a oscuras el globo eléctrico. Groix, a horcajadas sobre el taburete, encendió la lámpara del microscopio oculta detrás de la bola de cristal llena de agua azulada. Sólo se vio la faz de Groix inclinada sobre el microscopio e iluminada a través de la bola de agua con un extraño reflejo espectral. Tillery miraba en silencio el rostro cejijunto de Groix. —Veamos un poco nuestras pequeñas inmundicias —dijo Groix. —Nada... Nada... Nada en absoluto. Vuelve a encender, Michel. Acércate, Tillery, puedes mirar tú mismo. Aquí hay differia. —¡Uf! —dijo Tillery —¿Hombre o mujer? —preguntó Regnoul de lejos. —Un muchacho. Un excelente muchacho. Hijo único de un matrimonio obrero. Se calló. Limpió de nuevo las gafas, y con su habitual tono de chanza prosiguió: —¿Sabéis la última de Santhanas? —No. Cuenta. Entonces Tillery se puso a contar cómo Santhanas, que la noche anterior estaba de guardia en «L'Egalité» había querido de todas maneras curar a una muchacha que se presentó con una ligera hemorragia, una española que chapurreaba el francés. Fue imposible hacerle confesar qué procedimiento había empleado para abortar. Sor Angélica se había negado a entregar los instrumentos para la cura. A su juicio, la muchacha no tenía mal aspecto y estaba en condiciones de esperar hasta la mañana siguiente. —Santhanas y sor Angélica disputaron casi toda la noche —dijo Tillery—. Por la mañana, al llegar Géraudin examinó a la muchacha. Había simplemente menstruado por primera vez. Pero como la hemorragia había sido copiosa, se asustó y se fue corriendo a ««L'Egalité». Tillery remedaba ora a Santhanas, ora a sor Angélica, con su cofia y sus breves ademanes, ora a Géraudin mascando su cigarro y tocándose el lóbulo de sus orejas. Aún reían Michel, Regnoul y Groix cuando llegó Doutreval. Al verle entrar, Michel tuvo un sobresalto. El relato de Tillery le había hecho olvidar el motivo de la visita a su padre. Doutreval, haciendo con la mano un ademán cordial, correspondió al saludo de sus ayudantes y de Tillery. Y vio a su hijo. —¿Eres tú, Michel? Aguarda un minuto. Doutreval apenas inspeccionó el laboratorio. Apoyándose ligeramente con la mano para descansar un poco la pierna herida, se detuvo frente a una mesa y cogió un frasco. —¿Qué es esto? —Un análisis de orina —dijo Regnoul—. Un trabajillo... encargo de un amigo. —Está bien. ¿Se han hecho las Wassermann para el asilo? —Está todo listo. Seis positivos sobre siete. Solo Louvic ha sido negativo. —¿Has preparado las fichas, Groix? —Están listas. Doutreval puso las notas en orden. —Bien, luego pasará a recogerlas. ¿Quieres venir conmigo, Michel? En pos de su padre, Michel subió lentamente la empinada escalera, pues al profesor le dolía la rodilla en las ascensiones. Entraron en el despacho de Doutreval. Más que un gabinete de trabajo, era un laboratorio. Entre las dos ventanas había solamente un pequeño escritorio con dos asientos. Pero en torno en la estancia, a uno y otro lado de las mesitas de mármol, estaban dispuestos lavabos, armarios de cristales, estantes, estufas, neveras, anaqueles repletos de frascos, probetas, «gradillas» llenas de tubos de ensayo y vasos de todas clases y de todas formas: de cristal, de hierro, de loza, de porcelana o de barro cocido. Reinaba hierro, de loza, de porcelana o de barro cocino. Reinaba en

la estancia un olor penetrante a yodo y ácido fénico. —Siéntate, Michel —dijo Doutreval. Y haciendo lo mismo frente a su hijo, le miró y sonrió con una sonrisa forzada. —¡Ah, Michel, Michel! Casi nunca se había visto sonreír a Doutreval. Este esfuerzo, esta voluntad de mostrarse dulce y bondadoso, emocionaron a Michel. Al entrar estaba dispuesto a la batalla, pero ahora se sentía ya casi anonadado y dispuesto a capitular. —¿Querías hablarme, papá? —dijo con cierto aplomo. —Sí. Tengo que hablarte seriamente. Con la mano manchada de encarnado y de azul por la fucsina y los colorantes del laboratorio, buscó maquinalmente sobre el escritorio unas pinzas Lemuseux con las que no cesó un momento de jugar. Por primera vez iba a hablar de mujeres y de amor a Michel. Hasta entonces se había mostrado a este respecto extrañamente silencioso. Y se sentía turbado. —Se habla mucho de ti en la Facultad, en el hospital y en el sanatorio. Al principio, me encogí de hombros. Ayer fue el propio Beaujoin quien me dio cuenta de lo que ocurría. Parece que tienes un flirt, una aventurilla, en fin... Michel no respondió. Se daba cuenta de que estaba palideciendo. —Nada te habría dicho a no ser por tu insistencia. Parece que te has dejado... coger y que has ido un poco lejos, Michel. He hecho mis averiguaciones y debo recordarte que se trata de una enferma, de una contagiosa y al mismo tiempo de una muchacha sin dinero ni educación, de alguien con quien en modo alguno debes soñar en una cosa duradera. De todos modos, huelga decirte estas cosas porque no puedo siquiera admitir la idea que en estas condiciones... No se trata de nada serio, ¿verdad? No puede haber en este asunto nada serio. Hubo un silencio. —Contesta, Michel. —No —murmuró Michel. Doutreval respiró, y una expresión de complacencia se dibujó en su rostro. —Me lo figuraba. Ya pensé que esto no podía ser grave... Levantóse y dio algunos pasos por el gabinete. Distendiéronse sus facciones. Volvió a sentarse en la butaca, frente a Michel y prosiguió: —Ya sabes que no soy ningún puritano. Yo también he tenido veinte años y comprendo la juventud. Pero aquí el caso es grave. Se trata, por lo que a ti respecta, de una cuestión de salud. No sólo se encuentran muchachas bonitas en un preventorio, Michel. Tú eres fuerte, pero los bacilos han arruinado a otros más fuertes que tú. Miró a Michel. El muchacho bajó los ojos y guardó silencio. —Además —prosiguió Doutreval—, aunque no se tratara de una cuestión de salud, mis advertencias seguirían teniendo todo su valor. No tienes derecho a casarte ahora ni a unir tu vida a la primera mujer que te haya salido al paso. Tienes que desempeñar un papel social, ocupar un puesto y asegurar un rendimiento. Representas un capital, no sólo para mí, sino para tus profesores y para la sociedad. No tienes derecho a menguar este capital y te relajarías lamentablemente, hijo mío, si te casaras con esa muchacha. Con sus largos dedos moteados de las sanguinolentas manchas de la fucsina, Doutreval, jugueteaba con las pinzas Lemuseux, las abría, las cerraba y hablaba maquinalmente, subrayando las palabras con ademanes breves y enérgicos. Sentado e inclinado hacia delante, hablaba en voz baja y contenida sin mirar a Michel. Quería sin duda inculcar a lo que decía todo su poder de persuasión, haciendo partícipe a su hijo de su caudal de experiencia de hombre maduro. —No te dejes nunca gobernar por el corazón, Michel. La vida exige hombres fuertes. Todos los que han realizado grandes cosas casi siempre las han llevado a cabo pasando por encima de cierto número de víctimas... Cronwel, Napoleón... Es la vida. Es la ley de las cosas. La existencia es una batalla, el curso de la cual tú no cambiarás. Tómala como es. No seas ingenuo. No sueñes. Sé fuerte. Debes conocer de joven lo que los hombres suelen experimentar costosamente: el amor no cuenta. Uno ama diez, veinte veces. Ya te darás cuenta. ¡Sólo Dios sabe cuántas mujeres amarás en tu vida! Y siempre sinceramente. Y siempre también, te consolarás de cualquier amor. Obra pues en consecuencia. No te prohíbo que te distraigas y que alegres tu vida... ama, si quieres, y diviértete. Pero sobre todo, fiscalízate. Júzgate a ti mismo, fíjate cómo amas y reconoce tus propias locuras sin avergonzarte, pues todos hemos pasado por esto. Mas diferénciate de los demás hombres en el sentido de que tú no crearás en lo que ellos creen. Déjate, si quieres, conducir por ella mientras no te encamine a insondables simas. Créeme: uno llega a conciliar perfectamente el amor y la sensatez. Se pueden hacer todas las bromas a condición de preservar el porvenir, de no tomarse nunca el amor en serio y de saber en qué momento debe cesar el delirio. Lo esencial es frenar a tiempo. ¿Me has comprendido? —Así lo creo... —murmuró Michel. —Me objetarás que esto implica la existencia de una víctima propiciatoria. Pues sí. Es triste y lamentable, pero es así. La vida lo reclama. La vida es selección y tienes derecho a llegar lejos. Debes recorrer una carrera científica deslumbrante. Yo te la preparo. Heredarás mi obra para defenderla y proseguirla. Prestarás a la humanidad el más precioso de los servicios. Pero esto exige víctimas. Si te detienes ante el primer ser insignificante y no te atreves a dejarlo al margen no llegarás nunca a ser alguien. En el mundo hay una serie de gente, Michel, cuya misión estriba únicamente en servir al progreso de una selección. Es la sola explicación posible de las cosas... Resígnate, pues, y mantente firme. Ninguna mujer debe ser para ti sino un instrumento... o un pasatiempo. Luego guardó silencio. Miró a Michel, que permanecía mudo, con los ojos finos en el suelo. —Te he hablado de hombre a hombre. Creo haberte convencido. ¿Lo crees tú? ¿Me tienes confianza? ¿Contesta! —Sí —contestó Michel en voz baja. —Está bien. Doutreval se levantó y dio una cariñosa palmada en el hombro de su hijo. —Hemos terminado. ¿No me guardas rencor? —No tengo por qué... —Pondrás fin a todo esto de una manera discreta,

¿verdad? —Sí—murmuró Michel. —Está bien. Veo que has comprendido. Estoy contento. Michel salió del gabinete de su padre y se dirigió al laboratorio. Tillery se había marchado. En un rincón, un hombre se desabrochaba los tirantes. Groix preparaba la lanceta. —¿Te vas? —preguntó a Michel—. ¿No aguardas tu turno? Sin saber lo que decía, Michel respondió con un exabrupto y encaminóse a la puerta. «¡Cobarde! ¡Cobarde!», exclamó para sí. Las mejillas le ardían de vergüenza y de rabia. No había podido resistir. Harto se daba cuenta de que el miedo le había atenazado y que su padre le dominaba y le imponía su voluntad. Sí, se había mostrado cobarde. Había renegado de su amor, de su nueva vida. No había sabido defenderlos a los ojos de los hombres. Se había avergonzado de Evelyne y de los lazos que le unían a ella. ¿Qué podía esperar del porvenir si cedía ante el primer obstáculo, si hasta aquel punto juzgaba su causa insostenible, si ni siquiera había intentado legitimarse a sí mismo? Dudaba y ya no se sentía seguro de sí mismo. Un sordo sufrimiento le oprimía el corazón: el asco, el ponzoñoso remordimiento que sigue a la primera traición.

CAPÍTULO DécimoTercero. Jean Doutreval siguió en pos de su hijo. El hombre que vio Michel al pasar estaba tendido sobre el diván, desnudo de la cintura para abajo. Groix, con la lanceta en la mano se hallaba inclinado sobre él. A cada corte del bisturí el hombre se sobresaltaba aterrado y gritaba: —¡Dios mío! —No te muevas —dijo Groix, con voz tranquila—. Extrae el pus, Regnault. Regnault, flemático, con una laminita de cristal en la mano, se acercó y recogió unas gotas de sangre amarilla y purulenta. Doutreval, echó una ojeada al chancro. —El análisis es para un camarada —explicó Groix. —Perfectamente. Mis apuntes, Groix. Groix tendió a su «patrón» un fajito de cartulinas. Doutreval lo cogió y se marchó. Subió la escalera y volvió a su despacho. Sentado en su gabinete, bajo la luz amarillenta de una lámpara eléctrica con pantalla de níquel, Doutreval se sumió en la lectura de las notas. El tiempo era caluroso. Toda la estancia estaba sumida en la penumbra. Sólo aparecía iluminado aquel círculo de luz. La mano del hombre doblaba lentamente las blancas cartulinas. En aquellos momentos, Doutreval se olvidaba de todo. Afuera, llovía. La lluvia dejaba oír en los cristales su monótono golpear. Doutreval se sentía a maravilla. Aquellos momentos eran los mejores de su vida. Las notas tomadas por Groix en los dos días anteriores eran valiosas. Al parecer, la acción del curare era magnífica. Ninguna fractura ni choque moral alguno se producían en el enfermo, y los médicos no se mostraban como antes temerosos y aprensivos. Que la mejoría del enfermo mental se notara tan sensible como con el antiguo método, y la curarización habría ganado la partida. Si en aquel momento hubiera sido posible detener el curso de los pensamientos de Doutreval, como si se cortara una rodaja de agua helada de un río, se hubiese visto sin duda, en la superficie, el trabajo de la inteligencia; una atención extrema por las notas de su ayudante. Debajo —menos visible—, la idea del éxito inmediato, fuertemente coloreada de una exaltación orgullosa, sumamente agradable. «He llegado al final. Triunfo... Gloria... Genio...». Más oculta todavía y mucho menos visible, casi inconsciente, una tercera capa de pensamientos involucrados en un elemento desagradable: «Ha sido Groix, quien ha pensado el primero que...». y en el fondo, oscura, rechaza, iluminada apenas por un postrer residuo de conciencia, bajo el triple espesor de los otros pensamientos, la última idea confusa, uno de esos deseos casi subterráneos que jamás se confiesan: «Callar la intervención de Groix... No decir nada...». esta cuádruple capa de pensamientos y tal vez otras más llenaban la mente de Doutreval mientras él se imaginaba única y totalmente ocupado en descifrar los apuntes de su ayudante. Sabríamos muchas cosas sobre nuestro profundo orgullo y la tiranía de nuestro yo, si en los instantes en que actuásemos sondeáramos en lo más recóndito de nosotros mismos. El despacho se iluminó de pronto con una luz cegadora. Una mano acababa de dar vuelta al conmutador eléctrico. —Soy yo. Era Fabienne. Estaba de pie en el umbral de la puerta: delgada, un poco pálida, con sus negros y ensortijados cabellos en torno a la cabeza y la frente, y el rostro alargado y grave de muchacha española. Fabienne terminaba su último año de colegio. En posesión del grado de bachiller, pasaría una temporada en la clínica, sería enfermera y trabajaría luego con su padre. Era el sueño dorado de los dos. Doutreval la miró sonriente, un poco cansado, con los ojos fatigados por la lectura de la indescifrable caligrafía de Groix. Fabienne le besó, dio una vuelta por el despacho y volvió abajo, donde Groix y Regnault ultimaban los análisis. Tenía en gran estima a los dos discípulos de su padre. Groix la hacía enfadar, y con su verborrea de estudiante le explicaba espeluznantes historias. Regnault, menos malicioso, le daba cuenta de sus trabajos, la instruía, la interesaba y halagaba un poco su vanidad de colegiala todavía ingenua haciéndole la corte de una manera asaz regocijante, que uno y otro por otra parte, tomaban a chanza. Groix asustaba un poco a Fabienne. Alto, rubio, dejándose a veces por espacio de quince días la barba en forma de collar, descuidada ex profeso para «épater le bourgeois», y exhibiendo aquella profunda cicatriz en la mejilla, cosechada al sujetar a un loco que quiso matar a Doutreval a botellazos, hablaba en voz alta, reía a mandíbula batiente, se imaginaba pavorosos relatos que nunca se sabía si eran verdaderos o falsos y hablaba de amor y las mujeres con señalado desprecio. Regnault, de tez morena, cabello ondulado, facciones regulares y ojos castaños, dulces y penetrantes a un tiempo, vestía siempre con pulcritud, se afeitaba todos los días, se perfumaba el pañuelo de bolsillo y se limpiaba las uñas con piedra pómez terminados los trabajos de laboratorio. No le desagradaba a Fabienne que sus

compañeras la vieran de vez en cuando en compañía de Regnoul. —Venga usted a ver un treponema, señorita Fabienne. Fabienne, curiosa, aplicó el ojo al ocular del microscopio y contempló un instante, dentro de un círculo de luz anaranjada, los siniestros espirilos negros de la sífilis. Luego quiso ver los bacilos, células y líquido cefalorraquídeo. Regnoul cambiaba las laminillas, regulaba el microscopio y daba explicaciones. Después, Groix llamó a Fabienne para que le «lavara la vajilla», como solía decir. Lavar la vajilla consistía en enjuagar los tubos, probetas «Bécher» y «Erlenmeyer» y objetos de cristal de toda clase que una vez usados suelen tirarse, pero que Groix, hombre ahorrativo, limpiaba y esterilizaba, cuando era posible, para volver a utilizarlos. Fabienne abrió varios grifos, vertió agua de javel y lavó bocales y probetas. A veces sentía reparos ante un frasco lleno de un poco de sangre coagulada, gelatinosa y compacta, en el fondo de un vaso. — Ufff — exclamó Fabienne—. ¡Groix! ¡Groix! Groix acudió en seguida, cogió con los dedos el coágulo oscuro, agrietado, tembloroso y lo tiró desde lejos en el cubo de la basura. — ¡Oh! — exclamó Fabienne horrorizada, mientras Groix limpiaba el vaso en el grifo, derramándose por sus manos y sus velludas muñecas el agua rojiza de aquella sangre de sífilítico—. ¡Qué repugnante es esto! Groix se fue, sonriendo, a aspirar con la boca un poco de suero humano en el tubo de cristal, un poco de antígeno para elaborar una reacción de Meinicke, del mismo modo que hubiera chupado la pajita de una limonada en la «Taverne du Roi René». Luego cogió el tapón de algodón que tapaba un viejo frasco de pestilente orina, y le pegó fuego, como a una antorcha, al mechero del gas para encender el cigarrillo. — ¡Un día atraparé usted algo! — dijo Fabienne. — No hay peligro — respondió Groix—. Es cuestión de virulencia. Y como yo soy más virulento que el microbio es él quien reventará. Entretanto, Regnoul, sentado a horcajadas en un taburete, con el ojo en el microscopio y el rostro iluminado por el pálido reflejo de la gran vasija de cristal llena de agua azulada, escrutaba un esputo pequeño, disco luminoso, salpicado de manchas. Sumergíase en lo más profundo de aquel universo, maniobraba las cremalleras entre los dedos pulgar e índice, escudriñaba a derecha e izquierda, avanzaba, retrocedía, penetraba en profundidad, exploraba más lejos y realizaba un largo y complicado viaje en el seno de aquel inmenso infinitesimal vestigio de esputo colocado sobre una laminilla de cristal: en ese otro mundo tan cercano y tan inaccesible a él como una estrella en el fondo de un telescopio; en ese mundo en que vegeta, luchan, crecen y desaparecen, espantosamente extraños e indiferentes a nosotros, a nuestro tiempo, a nuestra especie y a nuestro destino, esas polvaredas vivientes que tejen su existencia a través de la de los hombres, sin saberlo y a costa a veces, de pavorosos estragos. Fabienne terminó la «vajilla». Luego fue nuevamente a ver a su padre. Éste seguía trabajando. Sólo levantó la cabeza para dirigirle la distante sonrisa de un ser que se halla en espíritu en otra parte. Fabienne ordenó un poco el despacho. Silbaba un mechero Bunsen. En una estufa de esterilizar ardía la llama de gas. Desde el rincón donde Fabienne iba colocando los objetos de cristal se oía el ruido de leves y discretos tintineos, de porcelanas que entrechocaban. En otra parte goteaba un grifo, dando rítmicamente una leve nota musical. El ambiente estaba saturado de un húmedo calorillo. Afuera llovía. Todos aquellos ruidos familiares no llegaban a turbar el silencio. Se estaba muy lejos del mundo. Aquellas horas eran las mejores de toda la vida de Doutreval. Leía, subrayaba y tomaba apuntes. Y la conciencia confusa de la presencia de Fabienne le producía una íntima sensación de dulzura. Y cuando ésta, una vez terminada su tarea, cogió como de costumbre un mullido almohadón y se sentó en el suelo a los pies de su padre para leer en silencio una novela de Walter Scott, Doutreval se sintió completamente dichoso. Los efectos de la curarización fueron verdaderamente notables. Al cabo de quince días, el joven tratado por Doutreval comenzó a levantarse y a interesarse por el mundo exterior. A partir de entonces, Doutreval procedió a una serie de ensayos sobre una quincena de hospitalizados en el asilo de Saint-Clément. Algunos colegas de los departamentos vecinos le autorizaron a intentar la misma experiencia sobre los enfermos que se hallaban bajo su tratamiento. En aquellos días Doutreval se desplazó continuamente de asilo en asilo: de l'Orne a Cher y de Nantes a Tours. Aplicaba la primera inyección y regresaba a Angers. Groix no se movía del hospital para observar las consecuencias y anotar por escrito las observaciones. El joven ayudante llevaba una vida agotadora, pero le sostenía el entusiasmo. Hubo un momento de vacilación al determinar la dosis del curare a emplear, y luego para fijar el ritmo según el cual había de provocarse los accesos. Pero las dificultades exaltaban a Groix. Exploraba el país, saltaba de un tren a otro, visitaba los asilos, acumulaba fichas, y entregaba cada semana al «patrón» abultadas carpetas llenas de detalles y cifras, mientras Regnoul, de temperamento más reposado, suplía a Doutreval en la Facultad, daba sus clases y asumía por su cuenta la vigilancia de los enfermos de «L'Egalité» y de Saint-Clément. En resumen, Doutreval dominaba completamente su procedimiento. En un momento dado provocaba en los locos las convulsiones apetecidas. En los casos de demencia ya antigua, el resultado era nulo. Pero entre los enfermos que estaban en los comienzos de su evolución, podía contarse un 80 u 85 por ciento de mejorados, y un 15 por ciento de refractarios. — ¡Y aún haremos cosas mejores! — decía Groix. Doutreval decidió publicar, con destino a la Academia de Medicina, un estudio sobre la «convulsoterapia mediante el curare y el pentametilentetrazol». Fue Groix quien tuvo la idea del

curare. Bajo el impulso del entusiasmo, Doutreval pensó por un momento asociar directamente a su obra a Groix y a Regnault, uniendo al suyo, en su publicación, los nombres de sus dos ayudantes. Incluso se lo había sugerido a Groix después del éxito del curare. Pero en última instancia no se decidió a menguar su éxito compartiéndolo con otros. Cuando Groix vio por primera vez en el despacho del «patrón» la abultada carpeta azul con el trabajo ya terminado, al que sólo faltaban las correcciones de estilo de Regnault —pulcro escritor— y leyó en las tapas el título con gruesos caracteres de letra y debajo únicamente el nombre del profesor Jean Doutreval, hizo un gesto de sorpresa y palideció un poco. Y hasta la cicatriz de la mejilla pareció haberse enrojecido. Durante los días siguientes dejó de dar muestras de su habitual exuberancia. Luego recobró su buen humor y ya no se habló más de ello. Por otra parte, Doutreval se refirió, en el curso de una conversación, a un gran Centro de curarización aún en proyecto que sería realidad un día con el apoyo de Géraudin y de sus amistades políticas y en el que, por supuesto sus dos ayudantes de la primera hora tendrían asegurada una situación magnífica. Groix, buen muchacho y filósofo, no tardó en olvidar lo que después de todo no era a su parecer sino una falta de delicadeza.

CAPÍTULO DécimoCuarto. La existencia de Evelyne experimentó una transformación. La amistad de Michel la había salvado de la extrema miseria en que antes se hallaba sumida. Poseía ahora algunas pequeñas y modestas cosillas, algo de ropa, unas babuchas y un costurero con todo lo necesario. Ya no se aburría. Michel le dejaba periódicos y libros que sacaba de la biblioteca de su casa. Le había comprado lana, agujas, cartón y cintas. Evelyne comenzaba a trabajar un poco. A mediodía se presentaba Madeleine Daele y enseñaba a la enferma a construir cofrecillos o pequeños marcos. Las horas pasaban de prisa. Casi todos los días, a la caída de la tarde, llegaba Michel al pabellón contiguo. Evelyne reconocía de lejos su paso sobre la gravilla. Y su corazón cesaba de latir. Michel subía la escalera y seguía luego el pasillo que conducía al cuarto. Evelyne sentíase entonces invadida por una emoción singular, una conmoción de todo su ser, como si fuera a morir. Al entrar Michel, Evelyne era incapaz de darle las buenas tardes. Antes de fijar los ojos en él y contestarle, volvía la cabeza y le dejaba hablar unos instantes. En presencia de Michel, y sin saber por qué, una extraña emoción le oprimía la garganta hasta hacerle sentir deseos de llorar. Sin embargo, aquellos momentos eran para ella infinitamente dulces y preciosos, y la espera de los mismos iluminaba sus largas y resignadas jornadas. Jamás hubo nada entre ellos. Sólo aquella intensa emoción común, aquel choque, aquel gozo profundo y oculto que los tornaba unos instantes torpes y silenciosos cuando estaban uno frente a otro. La salud de Evelyne mejoró notablemente. Tenía mejor aspecto. Y hasta el viejo Ribieres lo hacía notar, sin mostrarse sorprendido, a Madeleine Daele. Profesor de otro tiempo y escéptico en cuanto a la eficacia de las drogas y tratamientos a base de medicamentos, aprendió a valorar al importancia del factor moral en la enfermedad. Las enfermeras y las hermanas le habían puesto al corriente de las visitas de Michel. En el espacio de un mes notó en la enferma un aumento de peso de dos kilos, la completa desaparición de la fiebre y un cambio indudable en las opacidades pulmonares. También Evelyne se encontraba mejor. Pudo levantarse un poco, arreglar la habitación y hacerse la cama por sí misma. Esta resurrección la dejaba maravillada. —Quizá llegue a curarme —dijo a Michel—. A usted se lo deberé. —¿A mí? —exclamó Michel. —Sí, sí. Cuando salga de aquí no ignorará usted que mi curación ha sido obra suya. Permaneció un instante pensativa; y luego murmuró: —Y, sin embargo, me apena tener que salir... Puede usted creerme. —¿Acaso no estaría usted contenta? —dijo Michel—. Recobrar la libertad, la salud, la vida... Sabe usted muy bien que nada cambiará, puesto que amigos como nosotros no se olvidan nunca más ni se abandonan... Evelyne guardó silencio y sonrió, con una sonrisa que mortificó a Michel porque adivinaba en ella una sensatez y una experiencia superiores a la suya, y porque se daba cuenta de que la muchacha se callaba únicamente por no volver a empezar una discusión inútil. Por aquellos días se marchó Seteuil. A raíz de la muerte del profesor Suraisne, comprendió que tenía que renunciar al profesorado. Tanto él como Vallorge estaban pendientes del éxito de Suraisne. Gracias a su noviazgo con Mariette Doutreval, Vallorge veía consolidadas sus esperanzas. Mas para Seteuil, la partida estaba comprometida. Más valdría no perder el tiempo y establecerse en seguida. Estaba seguro de conseguir una clientela. Durante algunas semanas vaciló. Madeleine no le daba punto de reposo y Seteuil correspondía a su estima más por hábito que por otra cosa. Pero una carta que recibió de su madre le decidió. Le proponía en ella un partido ventajoso, la hija de un granjero de Pas-de-Calais, con una dote de trescientos mil francos. Con esta cantidad podría montar un gabinete moderno, con rayos X y ultravioleta y los útiles niquelados que tanto impresionan a la clientela. Una mañana, Seteuil comunicó a Madeleine que tenía la intención de irse a casa de sus padres. Una ausencia de una semana a lo sumo. Y se marchó. Cuatro días después Madeleine recibió una carta de Seteuil en la que éste le decía que no podía oponerse a la voluntad de su madre, que había sacrificado toda su vida para verle triunfar. No tenía derecho a defraudarla y por ello suplicaba a Madeleine que no pensara más en él. Al cabo de dos meses se supo que había contraído matrimonio con la hija del granjero. No lo comunicó a ninguno de sus amigos de la Facultad por temor a un arrebato de cólera y a un escándalo de Madeleine. En general, se le juzgó duramente. En la abogacía y el notariado rara vez se casa uno

con la amante. La medicina es uno de los escasos ambientes en que uno se obstina en hacerlo. Hasta el viejo Ribieres, que apreciaba mucho a su enfermera, declaró: —¡Es un granujilla! Santhanas seguía llevando la existencia apacible y holgazana de estudiante «amateur», viviendo de ciertos ingresos sobre cuya procedencia se mostraba asaz discreto. Un súbito acontecimiento trastornó aquella felicidad. En su pabellón de L'Egalité, Bernard Géraudin tenía en observación desde hacía algunos días un caso digno de interés. Tratábase de un buen hombre que tenía algo en el recto. Probablemente un cáncer. Más para saberlo era preciso analizar las deposiciones. Si contenían sangre se aplicaría al enfermo un ano artificial. Géraudin había encargado a Santhanas que hiciera el análisis. Y lo hizo llamar al salir del quirófano. —¿Y el análisis? Santhanas tuvo una imperceptible vacilación. —Está terminado, señor —dijo. —¿Qué resultado? —Positivo —declaró Santhanas con voz firme. —Está bien. Gracias. Pero Géraudin sabía ejercer su profesión de «patrón» y lo fiscalizaba todo personalmente. Bajó a la sala de los cancerosos y se detuvo ante la cama del pobre diablo. Géraudin dio orden de que lo desnudasen y lo examinó en presencia de los estudiantes, explicándoles las señales y los síntomas. Luego dando una palmadita en el hombro del desgraciado, le dijo en tono familiar: —¿Qué tal va esto, abuelo? ¿Ha comido usted bien? —Sí, señor doctor. —¿Ha tenido usted estreñimiento? ¿Ha evacuado esta mañana? —Sí, señor —repuso el paciente. —¿Dónde? —En el retrete, claro. —¿Cómo! —rugió Géraudin. Y volviéndose hacia Santhanas, agregó: —¿Es que va usted a contarme, so fresco, que ha metido usted las manos en el retrete para recoger las deposiciones de este hombre? Si le hubiese creído a usted le hubiera practicado un ano artificial. Váyase, por favor. No vuelva usted a mi servicio. Parecía que iba a abalanzarse sobre Santhanas. Éste, un poco más pálido que de costumbre, retrocedió, dio media vuelta, se abrió paso entre los estudiantes, salió de la sala y se marchó. Una aventura semejante equivalía a un despido. A Santhanas no le quedaba otro remedio que terminar rápidamente su tesis y establecerse. Pensó hacerlo en Angers. Pero un segundo incidente dio al traste sus propósitos. Tomando café una tarde con Tillery y Michel en la terraza de un café, se acercó a él, por detrás, un muchacho con sombrero flexible, le dio una palmada en el hombro y exhibió un carnet de agente de policía. —¿Te llamas Santhanas...? pues bien, amigo, te advierto que te están vigilando. Si continúas divirtiéndote en vivir a costa de las mujeres, te costará dinero. ¿Has comprendido? Santhanas tragó saliva y no contestó. Por ello Michel se enteró de que su amigo tenía una amante, una muchacha que trabajaba en un bar de la ciudad. Desde hacía mucho tiempo Santhanas había pedido a Tillery, que no carecía de imaginación, un tema de tesis. Tillery le preparó toda la tarea, un estudio interesante sobre ciertos trabajos a los cuales había asistido al lado de Doutreval: ensayos de tratamiento de la esquizofrenia mediante el coma hiperinsulínico provocado con anterioridad a la crisis de epilepsia artificial. Santhanas no había puesto nunca los pies en el asilo de Saint-Clément. Así que entregó toda la documentación de Tillery a un estudiante pobre de tercer año que se encargó por mil quinientos francos, de la composición y la redacción. Santhanas buscó dónde establecerse. Tuvo suerte. Por aquellos días heredó veinticinco mil francos de un tío ya anciano que falleció sin dejar otro heredero que él. Había ya suficiente para los primeros gastos. Santhanas, provisto de este dinero, se estableció en un pueblecito normando que carecía de médico y de farmacia. No le faltaba al muchacho el sentido comercial. Al lado del gabinete médico abrió en seguida una farmacia. No se tardó en saber que prosperaba y que incluso practicaba intervenciones a domicilio, lo que hizo rabiar a Tillery. —Esos gorrinos —decía— son los más peligrosos. En cambio, un individuo como yo, que no he hecho gran cosa, pero que soy honrado, se siente turbado ante un enfermo. Uno se da cuenta de lo limitado de sus conocimientos y entonces reclama la colaboración de un colega. Por lo menos no se comete ningún desliz de gravedad. Pero hombres como Santhanas son una verdadera plaga. También Tillery se marchaba fuera. Sin embargo, no le iban del todo mal las cosas en Angers. Tenido en gran estima por la gente modesta y los obreros, poseía un innegable don de gentes, era concienzudo y abnegado y además bondadoso. Y adoraba a los chiquillos. Su clientela iba en aumento. Una mañana recibió en su gabinete a una joven mecanógrafa parisiense que pasaba unos días de descanso en el Anjou, en casa de una tía suya, y que fue a consultarle a propósito de una muñeca dislocada. Tillery se interesó de tal modo por su cliente que no se hablaba de otra cosa que de un posible noviazgo. En resumidas cuentas, Tillery se casaba y se iba a vivir a París con su mujer porque la madre de ésta, viuda, poseía en la capital una tiendecita de ultramarinos que le producía lo suficiente para vivir. Y Tillery, perdidamente enamorado a pesar de sus chanzas y del supremo desdén hacia el «sexo débil» de que se vanagloriaba, no quiso separar a su mujer de su madre. Así que, abandonando Angers, se disponía a salir hacia París. —Abriré allí un nuevo gabinete —dijo—. Cuando las muchedumbres de la capital se enteren de que el gran Tillery se molesta por ellas... Organizó una velada de despedida, cuyo recuerdo subsistió largo tiempo. En la «Taverne du Roi René» se celebró un «punch» monstruoso con kirsch. A primeras horas de la madrugada varios notables de la ciudad vieron interrumpido su sueño por el rabioso carillón que hacía sonar un gato colgado de la cola a la campanilla. Desde hacía quince días, Groix, hombre previsor, había guardado con aquella intención una docena de gatos en las jaulas de cobayos del laboratorio de Doutreval. Ya de día, numerosos

comerciantes de la ciudad quedaron sorprendidos ante el inesperado cambio de muestras. El dorado rótulo de un notario exornaba austeramente la azulada fachada del «Nina-bar». Y en el dintel de la puerta de M. Meniez, el alguacil del juzgado, balanceábase la gigantesca jarra de una taberna de los suburbios con la inscripción «A la jarra de vino». Pero en aquella hora Tillery dormía beatíficamente en el expreso Angers-París. Entretanto, Jean Doutreval trabajaba con ahínco pasándose buena parte de las noches en su despacho. Estaba apunto de lograr su objetivo. Regnault, que escribía con buen estilo, estaba dando los últimos toques a la redacción de la comunicación que había de ser dirigida a la Academia de Medicina. El hecho era ya del dominio público, y algunos psiquiatras escribían a Doutreval en demanda de detalles y artículos. No obstante, tenían que proseguirse las experiencias y examinar las mejoras que se iban produciendo. Y ello sin contar con que era necesario observar una y otra vez a los enfermos curados o mejorados desde tiempo, con objeto de poder afirmar a ciencia cierta la duración de los efectos obtenidos. No faltaban tampoco casos delicados, como, por ejemplo, enfermos que se habían vuelto locos y otros que sufrían dolores en la espina dorsal. Había que indagar la causa de todo a fin de poder contestar a los que formularan objeciones, que no faltarían. Todo ello extenuaba a Doutreval. Groix sobre todo, se mostraba terrible, absoluto, e intransigente. No dejaba ninguna interpretación a oscuras. Destacaba los más nimios inconvenientes del método. Lo quería perfecto e intachable. Opinaba que no debía de ocultarse nada, anticiparse a las críticas, confesar las imperfecciones y no dar un paso sino sobre terreno firme. Sin darse cuenta, sometía el orgullo de su «patrón» a pruebas martirizadoras, exasperando con su inexorable criba la viva susceptibilidad de su maestro. Había momentos en que Doutreval, no pudiendo con sus nervios, odiaba a Groix y hubiera experimentado un indecible placer enviándolo a paseo. La única distracción de Doutreval, consistían en preparar el futuro hogar de su hija Mariette. El mobiliario corría a cargo de Vallorge, mientras que Doutreval atendía a la decoración de la casa. Esto le complacía y le divertía. Como muchos médicos, era muy culto, tenía gustos artísticos y sentía curiosidad por todo. Para que su Mariette tuviera un hogar confortable destinó a ello sesenta mil francos. Interesábase también por el ajuar de su hija, por su vestido blanco, la comida, la misa y las amistades a quienes invitaría. Todos estos preparativos apasionaban a Mariette y ello incitaba a Doutreval, a ocuparse con más ahínco de todas aquellas cosas. Sentía por su hija mayor un cariño en el que figuraba buena parte de gratitud y de respeto. Se daba perfecta cuenta de lo que le debía. Mariette había sustituido a la madre y se había hecho cargo del gobierno de la casa. Era una muchacha sensata, de heroicas virtudes. Con el corazón rebosante de alegría la veía regresar a buen paso del mercado, acompañada de la sirvienta, con una red llena de legumbres en cada brazo, sana, robusta, el rostro iluminado, como una celosa ama de casa a quien le importa un comino lo que piensen de ella. O cuando elaboraba confitura de grosella, con los rollizos brazos arremangados, el rostro purpúreo y brillándole gotitas de sudor en la raíz de sus cabellos dorados. O cuando se dedicaba a la caza de las telarañas con la cabeza cubierta con un pañolón anudado a modo de turbante y las mejillas tiznadas como un deshollinador. Silbaba como un mirlo y poseía un vasto repertorio de viejas canciones. Y de arriba debajo de la casa se la oía trajar, cambiar muebles de sitio, barrer, dar órdenes a la servidumbre y cantar la romanza de Ariodat: Se va la primavera, no dejéis escapar la felicidad... O la vieja tonadilla que cantaba su madre y que ella recordaba: Si esto es lo que llaman amor Yo amo, yo amo, Y soy dichosa al amar... Era la alegría de Doutreval y el sol de la casa. Al verla de aquel modo, al sentir hasta qué punto aquella criatura de veinte años esta enraizada en su propia carne, en lo más profundo de su viejo corazón, hasta qué punto su propia vida estaba apegada a la de su hija, entonces, sin saber por qué, Doutreval pensaba en sus propios padres. Ahora comprendía lo que él había sido, lo que él había representado para ellos. Lo que ellos le habían hecho partícipe de las penas de su alma, de su corazón y de su vida. Pensaba en ello con una infinita ternura, sintiendo el cruel remordimiento de las pequeñas ingratitudes con que pagamos a quienes nos han puesto al mundo y sólo han vivido para nosotros. Es necesario que uno tenga una hija de veinte años para comenzar a comprender el amor que se debe a un padre. —Veamos —dijo Doutreval—, ¿quiénes vendrán al banquete de bodas? Se hallaban todos en el comedor una noche después de cenar. Michel comía una manzana antes de irse a trabajar en su cua rto, y Mariette, con ayuda de Fabienne, quitaba la mesa. —Eso es cosa tuya, papá —dijo Mariette—. A mi parecer tenemos que invitar, primeramente, a los Géraudin... — Por supuesto. —A Donat... —Sí... sí. Este año forma parte del jurado... Pero no sé si vendrá. Con aortitis... También invitaré a Guerran y a su mujer y a sus hijos. Naturalmente, tampoco deben faltar los Heubel, ¿verdad, Michel? —Me es completamente indiferente —respondió Michel. Mariette lo miró sorprendida y contempló después a su padre. Doutreval frunció el entrecejo. —¿Y a tus ayudantes? —prosiguió Michel—. ¿También invitarás a Groix y a Regnault? Pronunció estas palabras con un leve matiz de ironía que por el momento pasó inadvertido a su padre. —Naturalmente —dijo Doutreval. —¡ah! ¿Y crees que están contentos? —No veo ningún motivo... —¿No eres este año del jurado de agregación? —Sí. —¿Y patrocinarás a Ludovic Vallorge? —Sí. —Después de haber prometido votar a tus ayudantes... —¡Oh! Ya me las arreglaré. Les he explicado ya las causas. Dentro de tres años

Heubel o Géraudin formarán seguramente parte del jurado. Y yo me pondré de acuerdo con ellos para que protejan primero a Regnoul y luego a Groix. . . —¿Así Vallorge será agregado tres o seis años antes que ellos? Eso no es justo. —Desde el momento que lo aceptan, Michel. . . —intervino Mariette—. Si han comprendido que de esta manera. . . —¡Es igual! —dijo Michel—. ¡Todas esas componendas me asquean! —¡Por Dios! —exclamó Doutreval—. Pero dime, ¿qué harás tú mismo cuando seas nombrado jefe de la clínica de Géraudin o de Donat? ¿Acaso vas a rehusar bajo el pretexto de que yo soy tu padre? Y si te casaras con la hija de un «patrón», de Heubel pongo por caso y él te diera una mano ¿acaso rechazarías su apoyo? —¡Jamás me casaré con Simone Heubel! —dijo Michel—. En cuanto a toda esa política nada tiene que ver, a mi juicio, con la medicina. No; esto no es ni ha sido nunca la medicina. Y nunca haré política de esta clase. Y dicho esto se levantó de la mesa. —¡Bah! —exclamó Doutreval. Michel se dispuso a salir —¡Papá! —murmuró Mariette. —¡Un momento! —dijo Doutreval—. Tengo que decirte dos palabras. Fabienne escuchaba en silencio. —Michel —añadió Doutreval—, ya sabes que estoy al corriente de todo. Hasta ahora he tenido paciencia. Confiaba en tu buen sentido. Tus palabras y tu actitud demuestran que me he equivocado. Has cambiado. Empleas vocablos nuevos y un sentimiento de rebeldía y un modo de ser. . . Te estás adentrando en la metafísica, en la ideología, la mascarada de los grandes sentimientos, de los ademanes grandilocuentes. . . Es hora ya de poner fin a todo esto. Yo te ruego, es más, deseo formalmente que ceses en tus visitas al sanatorio y des por terminadas tus relaciones. . . no quiero saber más ¿Has comprendido? —¡Papá! —murmuró nuevamente Mariette. —Cállate, Mariette. Te doy una semana de plazo, Michel. No quiero mostrarme brutal. Dentro de una semana debe quedar todo terminado. Y me hago cargo de las cosas. Sí tú. . . Vacilé un momento a causa de Fabienne, que estaba escuchando. —Si han ocurrido cosas graves, si esa persona se considera engañada y perjudicada en esta aventura, estoy dispuesto a reparar tus yerros. Pongo a su disposición una suma que puedes determinar tú mismo; diez mil, quince mil francos. . . para librarte de esto, los daré de buen grado, hijo mío. Ahora, manos a la obra. En todo caso, ya sabes cuál es mi deseo. Levantóse, dobló la servilleta y salió. Oyóse el rumor de sus pasos al avanzar por el pasillo que conducía al laboratorio y el seco golpear de su bastón. Michel, sonrojado, enormemente turbado ante sus hermanas, permaneció un instante inmóvil. Mariette se compadeció de él y condujo a Fabienne hacia el tocador. Michel quedó solo. —¡Qué imbécil! —dijo Fabienne a Mariette, soltándose, de pie, ante el espejo las largas trenzas enrolladas. —Tú no puedes juzgar —dijo Mariette—. Eres demasiado joven. ¡Dieciocho años! En primer lugar, ni siquiera debes de haber comprendido. —¿Apruebas entonces la conducta de Michel? —No, no, por supuesto. . . pero me da pena. . . Tu hermano es bueno. Estoy segura de que ha sido cosa del corazón. Fabienne se encogió de hombros. —Puesto que papá se aviene a pagar. —No todo se paga. . . Sin embargo, la pesadumbre que adivinaba en el corazón de su padre exasperaba a Fabienne contra Michel. —¡Qué mal corazón! ¿Crees, pues, de razón que Michel siga torturando a nuestro padre? —Yo no digo esto. —En fin, dejémoslo en las manos de Dios. Quizá la muchacha acepte el dinero —dijo Mariette con un suspiro. —¿Por qué no ha de aceptarlo? —preguntó Fabienne. —Eres demasiado joven —insistió Mariette—. Tú no sabes lo que es amar. —¡Demasiado joven! ¡Demasiado joven! —exclamó Fabienne encolerizada—. Escuchen a la abuela. —En fin —suspiró nuevamente Mariette—. Esperemos que se trate de una muchacha sin importancia. —¿Acaso puedes creer que sea otra cosa? —Fabienne —dijo Mariette—, te repito que. . . —¡Oh, basta! me estás sacando de mis casillas con tus ínfulas de mujer experimentada. Me voy. Nada indignaba tanto a Fabienne como verse tratada como una chiquilla. —¿Adónde vas? —preguntó Mariette. —Al laboratorio. —No te acuestes tarde, Fabienne. Mañana por la mañana tienes clase. Y no tienes buen aspecto. —Tengo muy buen aspecto —afirmó Fabienne. —En todo caso, son las nueve. Te llamaré a las diez. Ahora vete. «Las ventajas de tal procedimiento —leía en voz baja Doutreval— son indiscutibles: las fases tónica y clónica son mucho menos violentas. No asistimos ya a esos espasmos del tronco brutalmente desviado y convulso. En una palabra, la angustia del paciente, habitualmente tan característica, ha sido singularmente atenuada mediante la curarización previa. . . » A la luz de la lámpara, en el sosiego de su silencioso despacho, Doutreval releía las frases breves, claras y elegantes de Regnoul. Aquella noche no fue, como de costumbre, a ver a su amiga Jeanne Chavot, a El progreso social. Su cólera se había ya disipado. Llegó al laboratorio furioso contra Michel, fuera de sí por haber tenido que reprimirse en el curso de una conversación, en la que, de haberse escuchado a sí mismo, habría simplemente dado una orden imperativa y tajante. Para un padre es siempre un momento penoso aquel en que se da cuenta de que su hijo ya todo un hombre, se emancipa y escapa a su tutela, en que hay que contar con él y tratarlo con miramientos en lugar de ordenarle. De índole imperiosa, Doutreval sufría por ello más que cualquier otro. Sin embargo, se sumió de nuevo en su trabajo. Encima de su escritorio le esperaba la comunicación para la Academia de Medicina, leída una y otra vez y retocada por la experta pluma de su ayudante. Doutreval se sentó, abrió la carpeta y se sintió tranquilizado. Entró Fabienne arrebujaada en su grueso batín color granate. Acomodóse a los pies de su padre, sobre una gran almohada, con el «Ivanhoe» en la mano. Como de

costumbre, Doutreval se hizo un poco atrás para hacer sitio a su hija. Éste había soltado sus trenzas y desparramado sus tupidos cabellos negros sobre el peinador. Doutreval, entregado a la lectura, jugaba con gesto maquinal, con la tibia cabellera de su hija, dispersa bajo su mano. Sin darse cuenta estaba contento de tenerla a su lado, sobre todo en aquel momento en que Michel le había hecho sanar una vez más el corazón. Articulaba en voz baja las frases breves y al mismo tiempo densas de Regnault, una prosa sonora y ligera en la que nada encontraba de su propio esfuerzo, de aquella compacta exposición científica que tan laboriosamente bosquejara durante meses enteros. La pluma mágica de Regnault, al pulir aquel mamotreto, lo había trocado en unos días en la construcción clara y armoniosa. Nada faltaba, ni la sal ática, ni el vocablo que regocija o recrea, ni las explosiones de franqueza, ni el reconocimiento leal de los fracasos, ni las expresiones de modestia y las sinceridades científicas, más lisonjeras al orgullo que el orgullo mismo, ni los puntos de vista osados e ingeniosos, ni las pausas tras los grandes efectos, que reclaman el aplauso. Así, visto a través de la magia del estudio, su descubrimiento le parecía a sí mismo más bello, más grande, más fecundo, más genial que nunca hubiera podido imaginarse. Y hasta los números cobraban una fuerza persuasiva completamente inédita. «Así —leía Doutreval—, seamos sinceros: carecemos aún de suficiente perspectiva para apreciar en conjunto los resultados. Mas de ahora en adelante creemos poder afirmar que si las esquizofrenias antiguas no han sido influidas en su estado de demencia, las reacciones, en el 85 por ciento de los casos, acusan una remisión o una mejoría indiscutible. En cuanto a las manías depresivas, se ha experimentado mejoría en todas ellas... » Mientras Doutreval leía, acariciaba con la fría mano la nuca de su hija, buscando el calorillo del cuello bajo la tibia suavidad de los frondosos cabellos. Pero no pensaba en esto. Habíase apoderado de él el orgulloso goce de la inteligencia. Cuando a las diez y media entró Mariette a buscar a Fabienne para acompañarla a la cama, Doutreval se levantó para dar un beso a su hija menor, se acordó repentinamente de Michel y se sorprendió de hallarse tan lejos de aquella pequeña historia. Dirigió se con paso cansino a su habitación. Le pesaba la cabeza y tras el cansancio de la jornada le dolía la pierna lastimada. Pero todo lo olvidaba. La alegría del triunfo le había producido un estado de exaltación. Olvidóse de Michel, de sus preocupaciones y de su fatiga. Atribuía este milagro al trabajo y pensaba: «¡Trabajo! ¡Trabajo! Sólo esto sigue siendo verdadero». Denominamos con frecuencia virtud a lo que en el fondo no es sino una manifestación de orgullo. Pues si Doutreval hubiera tenido que hacer el mismo esfuerzo a cuenta y gloria de Regnault y de Groix, ¿hubiese experimentado la misma agobiadora alegría? (*des moines university dean*).

# Audiolibro Cuerpos Y Almas M Van Der Meersch Libro Primero Primera Parte Cap Tulos X Al Xiv

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>